
Deseo
Un cambio excitante
Colleen Collins



Un cambio excitante

Colleen Collins





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un cambio excitante, n.º 1145 - julio 2017
Título original: Joyride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-9170-048-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Corinne McCourt miró su cuerpo desnudo en el espejo. Tenía veintiocho años, medía aproximadamente un metro setenta y no es que tuviera un tipo escultural, pero sí tenía buenas piernas porque salía a correr todas las mañanas y un buen trasero que le venía de herencia genética. Se miró los pechos voluminosos y le pareció oír a su novio, Tony Borgeson, que los llamaba «bola doble de vainilla lujuriosa». Ladeó la cabeza. «Siguen siéndolo», murmuró dubitativa. ¿Qué había ocurrido? Cuando comenzaron a vivir juntos hacía cinco años, Tony no paraba de querer helado, pero actualmente parecía saciado.

Se siguió mirando al espejo mientras jugueteaba con el corazón de oro que llevaba colgado del cuello. El espejo de cuerpo entero lo había instalado hacía un mes para intentar dar algo de vida a su relación. Había leído que los espejos así tenían la virtud de encender el fuego en las parejas. Lo único que había encendido aquel había sido la admiración de Tony por sí mismo. Todas las mañanas se miraba y remiraba, desde la corbata hasta la sonrisa arrebatadora. Una vez, le dijo que vendía ordenadores y que a nadie le importaba su sonrisa. Él había contestado que daba igual vender cortacéspedes que ordenadores. La primera impresión era crucial.

Se miró la tripa completamente plana. Todas las mujeres querían tenerla así menos ella. Ella, hija única, hubiera preferido vérsela abultada por el embarazo. Siempre había querido tener una familia numerosa, como la de Tony, de origen italiano, que llevaba años viviendo en Denver, no como ella que, debido a las relaciones de su madre, se había mudado de casa seis veces antes de cumplir los diecinueve.

Se pasó la mano por la tripa y recordó que su amiga Cheryl le había dicho embarazada de ocho meses que el niño le apretaba el corazón.

–Yo también quiero sentir eso –rogó.

Eso quería decir que tenía que poner una fecha de boda, algo que Tony siempre decía que quería hacer pero nunca hacía, y revisar su motor como revisaba el de su precioso Ferrari, al que llamaba «bebé».

Aquello siempre la había confundido. ¿Acaso Tony no se daba cuenta de lo mucho que ella deseaba un hijo? Su madre le había insistido en que a un hombre había que enseñarle las cosas, no decírselas, así que nunca había dicho nada al respecto. Corinne no

era tan vistosa como su madre, así que le costaba mucho demostrar las cosas. Sin embargo, había decidido mostrar lo que quería y hacerlo de verdad. Pasión, comunión íntima con su compañero y, por fin…

–Un bebé –murmuró.

Sí, con su plan de mujer fatal, estaría casada y embarazada antes de que a Tony le hubiera dado tiempo de reaccionar.

Para ello, su amigo Kyle le había dejado un libro que se titulaba *Cómo hacer aullar a tu hombre*. Al leerlo, se le habían puesto los pelos de punta, pero había seguido al pie de la letra los consejos. Primero, había sido el espejo, pero no había dado resultado.

Kyle la consoló recordándole lo bien que le había ido a él aquel libro con su novio Geoff. ¿Quién iba a conocer a los hombres mejor que un homosexual?

Corinne había hojeado algunos capítulos. *Las esposas no son solo para los delincuentes, Como un animal salvaje al aire libre* o *Eres un regalo… deja que te abra*. Lo de las esposas no parecía muy sensual en las películas de policías. ¿Al aire libre? A su vecino le podría dar un infarto. En cuanto a lo de desnudarse, sí, solo había que hacerlo de manera sensual.

Lo planeó todo para aquel día. Normalmente, todos los ocho de junio iba a la fiesta de su empresa, en la que llevaba tanto tiempo como con Tony. Era un picnic en el campo y ella siempre llevaba gelatina de postre.

Pero no aquel año.

Aquel año, había decidido darle una sorpresa a Tony cuando fuera a comer. Se emocionó al imaginarse su cara de sorpresa y luego su erección ante ella, su regalo.

Corinne miró el reloj. Las once y diez. Tony llegaría en veinte minutos. ¡Había llegado el momento de envolver el regalo! Tomó el rollo de papel transparente que había comprado y comenzó a envolverse el cuerpo. Daba igual que no le quedara derecho. Se suponía que no iba a durar mucho en su cuerpo. Como mucho, minutos.

Canturreando unas de sus canciones preferidas de Céline Dion, se miró en el espejo. Se imaginó que era su preciado Ferrari y que Tony perdía el control y le arrancaba el plástico del cuerpo y que entre jadeos y gritos de placer ella le decía que tuviera cuidado con sus parachoques.

«¿Yo diciendo algo así?», pensó. ¿Por qué no? Había puesto un espejo y se había envuelto en papel celofán. Tal vez, la nueva Corinne se atreviera a bromear haciendo el amor. Le estaba

empezando a gustar la nueva Corinne. Quizá, después de haber hecho el amor, se atreviera a decirle que fijaran una fecha de boda. Al fin y al cabo, era lo que esperaba la familia de Tony, así que si ella presionaba un poco… ¿Qué le diría? ¿Cinco meses? ¿Cinco semanas?

Miró el reloj. ¡Cinco minutos para entrar en escena! Terminó de colocarse el plástico y lo cortó. Abrió una raja para poder andar y se volvió a mirar en el espejo.

–¡Si me vieran los del trabajo, no me volverían a llamar Corinne la discreta!

Los pechos se salían del vestido como dos bolas de helado y sus pezones se apretaba contra el plástico. Bajo varias capas, se veía un triángulo. Sacudió la melena, que le llegaba por los hombros, y le gustó el nuevo tono de rubio que le habían puesto en el pelo. Era más salvaje, más atrevido que el tono caoba que llevaba normalmente. Además, aquel tono era muy parecido al color del Ferrari de Tony, aquel color oro del que estaba tan orgulloso ante sus amigos.

–Solo falta la guinda –dijo yendo al armario y sacando unos zapatos de tacón de aguja negros que se había comprado para la ocasión. Había estado ahorrando semanas de su paga. Andar con ellos iba a ser todo un reto, pero iba a poder porque tenía una misión.

Tenía la misión de hacerle el amor a su novio, de conseguir fijar una fecha para la boda y conseguir engendrar un bebé.

Se puso los zapatos y consiguió llegar, tambaleándose, y agarrarse al cabecero de la cama. «Esto es una locura. No voy a estar como una tía buena si no puedo mantener el equilibrio», pensó. Le entraron ganas de llorar.

«¡No!». Apretó los labios con cuidado para no estropearse el color. Quería casarse, quería tener un hijo. «Voy a estar sexy aunque me mate», pensó. Acto seguido, comenzó a reírse sin control.

Se irguió y anduvo muy tiesa hacia el pasillo.

¡Oyó la puerta!

Casi se cayó, pero se paró en la puerta del dormitorio. ¡Arriba el telón!

Oyó cómo se abría la puerta, cerró los ojos, tomó aire y sacó pecho.

–¡Para! –dijo una voz nasal de mujer–. Espera a que estemos dentro, tigre.

¿Tigre? Corinne abrió los ojos y vio a una rubia embutida en un

minúsculo vestido rosa restregándose contra… ¡Tony!

Sus miradas se encontraron y Tony dejó de sonreír.

–No es lo que parece –dijo.

Corinne sintió que se rompía por dentro. No podía pensar, respirar ni moverse. La rubia dio un paso atrás.

–¿Qué pasa aquí…? ¿Es tu asistenta?

–¿La asistenta…? –dijo Corinne apretando los puños. Nunca había pegado a nadie, pero, de repente, se sintió como Mike Tyson–. ¡Exacto! Soy su asistenta, su costurera, su lavandera… todo menos su banquera porque aquí el tigre se queda con mi sueldo y me da una paga ridícula.

Nunca había visto a Tony así, con la boca abierta, completamente anonadado. Claro que nunca le había gritado, nunca le había dicho lo que pensaba. ¡Pues no había hecho más que empezar!

Dio varios pasos al frente y se dio cuenta de que no se tambaleaba.

–En resumen, ¡soy la esposa de mentira! –gritó conteniéndose para no llorar–. ¡Obviamente, la última en enterarme!

–Tony –susurró la rubia–. Me parece que tu asistenta le da a la botella…

–Cariño –la interrumpió dejando las llaves en la mesa de la entrada–. ¿Por qué no me esperas en la habitación de al lado?

–¡No me digas que me calme! –le dijo la rubia–. ¡Venimos a tu casa a divertirnos y nos encontramos con una asistenta envuelta en plástico cuya fantasía es convertirse en tu mujer!

Corinne sintió que se le rompía el corazón. «Envuelta en plástico, como las sobras». Sin embargo, la rubia tenía razón en una cosa. Lo de convertirse en su mujer era pura fantasía. ¿Cómo había podido querer casarse con aquel egoísta que tenía la caradura de llevar el crucifijo que su madre le había regalado? ¡Cómo si necesitara que lo protegiera del demonio cuando el demonio era él!

Corinne vio las llaves del coche en la mesa. Tony y la rubia se estaban peleando y a ella nadie le hacía ni caso. Allí estaba, vestida como una prostituta y, aun así, seguía siendo Corinne la discreta.

¡Se acabó!

En un movimiento rápido, tomó las llaves de la mesa, cruzó el jardín y se metió en el Ferrari. Al oír el motor de su coche, Tony salió disparado gritando todo tipo de improperios en italiano y en inglés.

Corinne no se molestó en descifrarlos, metió marcha atrás y salió del garaje. El humo de los neumáticos quemados le taparon su casa,

su supuesto marido y su futuro. Se dio cuenta de que no solo estaba dejando atrás su inhibición sino su vida entera.

Metió primera con una mano y sacó la otra por el techo.

–¡Adiós, muñeco! –gritó antes de pisar el acelerador.

Una carpeta color manila aterrizó sobre la mesa de Leo.

–Un tipo dice que una pelirroja grande le ha robado el Studebaker –dijo una voz masculina–. No ha podido ser Lizzie porque a ella solo le gustan los Acura Integras.

Leo dio un sorbo al café y se quemó la lengua.

–Perdón –murmuró Dom–. No debería hacer esas bromas con Lizzie. Son de mal gusto.

«Desde luego», pensó Leo haciendo como que leía la información que había en la carpeta. Sin embargo, estaba pensando en Elizabeth, Lizzie, su ex mujer. Todo el mundo sabía lo mucho que la había querido. Diablos, todo el mundo la quería y todo el mundo sabía lo que había pasado. Todos sabían que había descubierto que su mujer no era ningún angelito, que estaba metida en operaciones de narcotráfico, que le habían pegado un tiro porque no había podido reaccionar. Tras salir del hospital, le habían insistido para que viera a un psiquiatra, pero le partía el corazón hablar de ella, así que dejó de ir. Desde entonces, nunca hablaba de ella con nadie excepto con Mel, el loro, y solo cuando se había tomado unas copas. Ni siquiera entonces la llamaba Lizzie sino Elizabeth, como si llamándola por su nombre entero pudiera apartar al diablo.

–¿Cuándo me vas a dar un caso de verdad, Dom? –dijo cambiando de tema–. Tengo treinta y cinco años, soy tu mejor agente y me das cosas de ancianos –añadió preguntándose si, realmente, quería un caso de verdad o solo lo decía porque siempre había sido policía y era lo único que sabía hacer.

Dom levantó las cejas y abrió la boca para responder, pero Leo lo interrumpió.

–Si a ti te hubieran pegado un tiro porque tu mujer… –se interrumpió porque no podía acabar la frase. «Del otro lado», pensó–. Olvídalo –añadió tomando un lápiz–. Un Studebaker –repitió apuntando el modelo en papel oficial–. Propietario anciano y ladrona pelirroja grande. ¿Quién dijo que Las Vegas se habían convertido en una ciudad familiar?

Leo había vivido allí toda la vida, su padre los había abandonado y su madre los había criado a su hermano y a él. Uno de ellos, había resultado ser un diablo sobre ruedas. A los diecisiete

años, Leo estaba especializado en robar coches deportivos para dar una vuelta. Sin embargo, su afición se acabó cuando su madre se volvió a casar… con un policía.

Al principio, lo odió y lo llamaba Bobocop. Sin embargo, su padrastro nunca dio muestras de flojear en su disciplina ni en su amor. Un día, lo llamó «papá» sin darse cuenta y él lo llamó «hijo». Entonces, Leo supo que quería ser policía.

Y así fue. Llegó a ser un buen agente, pero actualmente estaba estancado profesional y personalmente. Había días en los que le entraban ganas de montarse en su Airstream e irse a vivir a un rancho. Mientras se recuperaba del disparo, había fantaseado con la idea y había calculado que tardaría dos años en ahorrar para dar la entrada.

–Sé que odias hacer labores de oficina –le dijo Dom–. Si hubiéramos podido, te habríamos pagado para que te quedaras en casa –sonrió–. Mira, que te peguen un tiro ya es malo, pero tener que aceptar una pensión por invalidez es todavía peor –añadió en tono serio–. Te recuerdo que tenías que haber estado de baja un año y no quisiste, Leo Wolfman…

–Si me hubiera quedado un día más en casa, habría tenido que mandar al loro a Alcohólicos Anónimos.

–El animal no bebería si tú no le pusieras el vaso de vino delante.

–No me gusta beber solo y, además, Mel es insoportable cuando está sobrio.

–Mira que ponerle Mel, como Mel Gibson –dijo Dom sacudiendo la cabeza.

–Mi alter ego. Él sí que es un policía de verdad, no una secretaria como yo.

–Tú no eres una secretaria, eres un agente.

–Llevo cuatro meses poniendo cafés y escribiendo a máquina con dos dedos para ver si me ascienden a encargada de oficina.

Dom suspiró.

–¿Por qué no te quedas en casa y que venga Mel a hacer tu trabajo? Al menos, no se queja tanto.

Leo se había comprado el loro al enterarse de que, mientras él estaba en el hospital, Elizabeth se había llevado todo, desde los muebles, hasta el Acura. No le había importado mucho porque, así, le había ahorrado el tener que tirar todo lo que le recordaba a ella, pero se había encontrado muy solo.

Horriblemente solo.

Entonces, decidió comprarse una mascota. No quería nada que

anduviera todo el día pegado a él, así que un loro le pareció perfecto, una mascota voladora, independiente y que daba conversación. Por desgracia, Mel se pasaba el día andando, era un cascarrabias y no hablaba si no era para llamar la atención. Parecían *Dos viejos gruñones*.

Viejo. Leo miró la carpeta.

–No me hice policía para ocuparme de robos de bolsos a ancianas y de coches a ancianos.

–Ya está bien, Wolfman. Lo has pasado mal… el departamento te está ayudando. Tómatelo como un ascenso, has pasado de bolsos a Studebakers.

Dom tenía algo de razón, pero Leo no iba a darle la satisfacción de admitirlo.

–Cuando resuelva este misterio del Studebaker, dame algo a lo que le pueda hincar el diente de verdad.

Dom lo miró fijamente.

–Hazlo bien y ya hablaremos –contestó.

–Trato hecho –dijo Leo emocionado.

Corinne llamó a la puerta de su amigo Kyle y rezó para que estuviera él y no Geoff, con el que no se llevaba nada bien porque, según le contó Kyle, su novio tenía celos de cuando habían estado juntos. De hecho, la llamaba «la otra».

–Yo, la otra –murmuró tapándose con una mano los pechos y con la otra, los muslos–. No soy capaz de excitar a mi novio, pero un homosexual tiene celos de mí.

Se abrió la puerta y apareció Kyle con una fresa mojada en chocolate.

–¡Corinne! –exclamó asombrado mirándola de arriba abajo–. ¿Qué haces vestida con material de la empresa? –añadió refiriéndose a las cortinas de ducha que vendía la compañía para la que ambos trabajaban.

–¿Te gusta? –preguntó histérica–. ¿Y si me pongo las anilla de la ducha de pendientes?

–Cariño, cariño –dijo Kyle abrazándola.

Aquello bastó para que se pusiera a llorar. Había aguantado delante de Tony y mientras cruzaba Denver a toda velocidad, pero ya no pudo más.

–Tony, envuelta como un regalo, rubia –balbuceó.

–¿Qué ha pasado?

Corinne tragó saliva.

–He seguido tu consejo. He hecho aullar a mi hombre. Le he robado el coche.

–¿Le has robado el Ferrari?

–Sí –contestó ella– y no pienso devolvérselo. No pienso volver con él. Desde ahora, voy a ser dueña de mi vida –añadió muy segura de sí misma. Sin embargo, la nueva Corinne no tenía casa, dinero ni ropa–. Ya sé que no me puedo quedar aquí porque Geoff pondría el grito en el cielo.

–Como mínimo.

–Qué lío.

–¿Quieres un poco? –le dijo dándole la fresa–. Dulce para… la picante.

–No, gracias –contestó Corinne sonriendo.

Solo Kyle podía hacerla reír en mitad de una crisis existencial.

–No puedo dejar el coche de Tony en la calle. Obviamente, habrá llamado a la policía –dijo–. Tony me ha estado engañando con una rubia –añadió. En se momento, oyó ruidos dentro de casa de Kyle–. ¿Con quién estás?

–Con Geoff y unos amigos.

–¿Qué hacen aquí?

–Bueno, Geoff vive aquí y los otros han venido a pasar la semana con nosotros.

–Dios –dijo Corinne apoyándose en el brazo de Kyle para no perder el equilibrio con aquellos taconazos–. ¿Qué voy a hacer? No solo le he robado el Ferrari a Tony sino que ahora me veo desnuda en una casa llena de hombres.

Kyle se rio.

–Son todos homosexuales, así que estás más segura que una albóndiga en una comida vegetariana. Vamos a buscarte algo de ropa… –añadió mirándola a los ojos–… y luego ya planearemos la nueva vida de Corinne McCourt –le dijo ofreciéndole el brazo–. Como hay que cruzar por el salón para llegar a la habitación de Geoff, vamos a hacer como si tú fueras Judy Garland y yo, Fred Astaire en *Easter Parade*.

–¿Judy iba desnuda?

–Sí, pero con sombrero.

–Mentiroso –contestó ella aceptando su brazo–. Esto no es justo. Tú estás vestido y yo, prácticamente desnuda.

–De verdad, cariño, nadie se va a dar cuenta –sonrió Kyle.

Capítulo Dos

Una hora después, Corinne se dirigía al oeste por la I–70 vestida con un vestido plateado que le hacía parecer Liza Minelli en *Cabaret*. En el asiento de atrás llevaba unos cuantos modelitos más por los que Cher habría dado lo que fuera. Geoff se había puesto de los nervios cuando Kyle le había dicho que iban a mirar en su armario, pero cuando le dijo que si Corinne no tenía ropa se tendría que quedar con ellos, se había mostrado de lo más atento. Le había dado ropa, maquillaje e incluso le había ofrecido su collar de perro.

Corinne lo aceptó todo. Cualquier cosa era mejor que el papel de plástico.

Luego, Kyle, otros cuatro homosexuales y ella hicieron un *brainstorming* y estuvieron de acuerdo en que necesitaba una buena aventura antes de volver a plantearse algo serio.

Kyle le había dicho que tenía que pasárselo bien y ella había tardado dos segundos en pensar en su prima Sandee, que era salvaje y divertida, todo lo contrario a ella, que era apocada y tranquila. Aunque parecían muy diferentes, cuando estaba juntas se creaba entre ellas un mundo que solo ellas conocían. Un mundo en el que no había caretas, en el que hablaban de sus sueños y de sus miedos, un mundo en el que habían descubierto que, en el fondo, no eran tan diferentes.

Por suerte, la empresa le debía vacaciones y, ante la insistencia de los chicos, Corinne había llamado a su prima a Las Vegas. Cuando le contó lo sucedido con Tony, Sandee le había dicho «vente para acá inmediatamente».

Los amigos de Kyle hicieron una colecta y la abrazaron. Tras reconocer que siempre había querido que la abrazaran cuatro hombres al mismo tiempo, estaba cruzando el país en un Ferrari robado con trescientos cincuenta dólares en su nuevo bolso plateado.

Se sentía como Louise, pero sin Thelma.

Dos días después, llegó a casa de Sandee. Tras varios abrazos, su prima la hizo pasar a un salón decorado en rosa y naranja y Corinne sintió como si entrara en un atardecer. Teniendo en cuenta que estaba empezando una nueva vida, mejor decir un amanecer.

Sandee encendió un cigarrillo y sonrió.

–Seguimos pareciéndonos –dijo con su característica voz ronca.

Sus madres eran gemelas idénticas, así que no era de extrañar que se parecieran, pero sus caracteres eran tan parecidos como los

de Angelina Jolie y Gwyneth Paltrow.

Sandee se puso las manos en las caderas, de donde colgaban unos minúsculos pantalones cortos.

–Y seguimos teniendo la misma talla.

–Bueno, más o menos –contestó Corinne mirando los pechos de su prima.

Sandee hizo un gesto con la mano y Corinne vio que llevaba las uñas pintadas de rosa con pequeñas rosas rojas en el centro.

–Cariño –dijo Sandee–. Con un poco de relleno, todo solucionado. ¿Y ese pelo?

–Me cambié el color… –se interrumpió avergonzada, pero sabía que a su prima se lo podía decir–… para que a Tony le recordara el color de su amado Ferrari.

–Ese bastardo… Nunca, jamás, cambies por un hombre. Te lo digo por experiencia. Si quieras cambiar, hazlo por ti –le aconsejó Sandee con tristeza.

Corinne se quedó pensativa. ¿Así que su prima había cambiado por un hombre? Debía de ser alguien muy especial, pero seguro que Sandee no quería hablar de ello.

–Te veo estupendamente con esos tacones y ese vestido –apuntó Sandee mirándola con sus ojos azules–. Te queda bien con el colgante que te regaló tu madre.

Corinne se tocó el único objeto que le recordaba a su vida anterior. Se lo había regalado su madre cuando cumplió dieciséis años. Sintió una punzada de tristeza al darse cuenta de que acababa de hacer lo mismo que su madre había hecho muchas veces: huir de un hombre. ¿Habrían sido todos como Tony o habría sido su madre incapaz de querer a ninguno? Aquel último pensamiento la llenó de horror. Agarró con fuerza el corazón. «Yo no soy incapaz», pensó.

–Estás en forma –continuó Sandee.

–Porque corro.

–Siempre te gustaron los deportes al aire libre.

–Y juego a los bolos.

–No me digas que te pones esos zapatos de payaso que se ha puesto todo el mundo.

–Está bien, no te lo digo –sonrió Corinne–. Tú también estás estupenda. ¿Qué haces para mantenerte en forma?

–A mí me gustan los deportes a cubierto –contestó Sandee quitándose un mechón pelirrojo de la cara.

Corinne pensó de repente en Tony, en lo ridícula que debía de haberle parecido. Ni siquiera se había fijado en lo que llevaba puesto. Solo la había mirado a los ojos. Ella ingeniándoselas para

hacerlo aullar y no había conseguido siquiera que dijera nada.

–Eh, Tierra a Marte –dijo Sandee mirándola con preocupación–. No sé en qué estarías pensando, pero olvídalo. Tony no merece la pena.

Corinne asintió. No podía hablar.

–Además, tengo una idea maravillosa –dijo su prima apagando el cigarrillo–. Tú necesitas un sitio donde quedarte y yo necesito un favor.

Recordó la cantidad de favores que le había hecho a Sandee siendo adolescentes. Ir a clase mientras ella quedaba con un chico o sustituirla en el trabajo mientras ella salía de marcha. Una vez incluso tuvo que quedar con un chico porque Sandee había olvidado que había quedado con dos a la vez la misma noche. El chico solo la había visto una vez, así que no se dio cuenta de que no era ella. Corinne se había vestido como ella, se había maquillado como ella y se había puesto su perfume, algo empalagoso llamado «Prohibido».

Recordaba el beso de veinte minutos que se habían dado, un beso que todavía la derretía por dentro.

–¿Qué te parece?

–¿Es algo prohibido? –preguntó Corinne como de broma. Sin embargo, sabía muy bien para qué había ido a Las Vegas, para pasárselo bien, para hacer locuras, para pasar dos semanas siendo lo más diferente posible a Corinne la discreta.

–¿Prohibido? ¡No, más bien tiene que ver con diversión y dinero! –le dijo su prima sentándola en el sofá–. Voy por algo de picar y te lo explico.

Observó a su prima, con sus pantalones que apenas le tapaban el trasero y sus sandalias rosas de tacón alto salir del salón y sonrió. Sandee siempre había dicho que la vida era demasiado corta como para andar escondiendo una sus cosas buenas.

Se preguntó cuáles eran las suyas. Teniendo en cuenta que se había envuelto en plástico transparente y Tony ni la había mirado, pensó que ninguna.

Se tocó los gemelos moldeados, sus muslos fuertes y su tripa lisa que, en ese momento, se quejó. Recordó que no había comido desde que había parado en Utah para comprarse una bolsa de patatas y un refresco. Recordó la cantidad de veces que, muerta de hambre, se había conformado con una zanahoria para esperar a Tony y cenar juntos la maravillosa lasaña o el guiso de turno que llevaba ya dos horas frío. Al final, se iba a la cama y él le pedía perdón a la mañana siguiente porque le había surgido una reunión de última hora con un cliente.

–¿Con una clienta rubia más bien? –murmuró–. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Clic, clic, clic.

Los tacones de Sandee la hicieron volver a la realidad.

–Rollitos de huevo –anunció su prima dejando una bandeja sobre la mesa–, rellenos de chile, croquetas de pollo, palitos de zanahoria y dos refrescos. Bueno, este es el trato. Trabajo en un casino…

Corinne tomó su refresco y se arrellanó en el sofá encantada de que su prima le contara su vida.

–…Y, entonces, apareció Hank en mi vida –concluyó tomando un rollito de huevo–. Me recueda a un pajarito que Hank recogió una vez en la carretera. Paró el coche y se jugó la vida para devolverlo al nido. Para ser un cachas, tenía buen corazón –se interrumpió con un hilo de voz.

¿Sandee llorando? ¿Sería aquel Hank el tipo que le había destrozado el corazón? Corinne le pasó una servilleta y esperó a que se limpiara los ojos sin tocarse el maquillaje. Increíble. Ella necesitaba un espejo y, aun así, los daños eran irreparables.

–No hace falta que sigamos hablando de esto.

–¿Cómo que no? Es parte del trato. Tienes que saber lo que ocurrió –contestó su prima. Echó los hombros hacia atrás, se aclaró la garganta y continuó–. Hace años, Hank era boxeador. Ahora es guardaespaldas, pero no suele trabajar mucho, así que no suele tener dinero. En nuestra segunda cita, empezó a decirme que yo era la mujer de su vida y que siempre me querría. Estoy acostumbrada a este tipo de cosas en la cuarta o quinta cinta, pero no en la segunda.

–Así que se enamoró de ti.

–Sí, así que tras cenar en un sitio bueno, nos vamos fuera de la ciudad en el coche y yo creía que me iba hacer la gran pregunta –contestó Sandee dándole un trago a su refresco.

–¿Y? –la instó Corinne como si tuviera de nuevo trece años y su prima le estuviera contando sus salvajes aventuras de adolescente.

–Y nos chocamos contra un coche antiguo impoluto, así que tuvimos que parar en el arcén y Hank tuvo que salir del coche para hacer un parte con un anciano.

Corinne, que esperaba una historia de pasión y lujuria, intentó disimular su decepción acabándose el chile.

–De repente, Hank abre la puerta de atrás y tira al hombre dentro. Yo le digo: «¿Qué haces?» y él me dice: «Tranquila. Llévate este coche a tu casa. Luego voy».

Corinne estuvo a punto de atragantarse con el relleno.

–¿Te… te trajiste a un hombre muerto a casa?

–No estaba muerto –contestó Sandee golpeando la mesa con el mechero para dar más suspense–. De repente, en un semáforo, se despertó y salió corriendo del coche. El semáforo se puso verde y yo salí también disparada. No era cuestión de darle tiempo a que llamara a la policía.

Corinne esperó, pero Sandee no decía nada.

–¿Y así terminó la historia? –le dijo por fin.

–¡Y el fin de Hank! No para de llamarme desde entonces, pero no quiero nada con un hombre de aquí te pillo aquí te mato. ¡Y menos cuando me puso en peligro por un viejo Studebaker!

–¿Qué quiere decir «aquí te pillo, aquí te mato»? –preguntó Corinne.

–Eh… nada –respondió Sandee.

Aquello olía a peligro, pero a Corinne le dio igual. Seguro que: *Aquí te pillo, aquí te mato* era mejor que: *Cómo hace aullar a tu hombre*.

–Quiero saberlo todo –susurró.

–Tengo que irme de la ciudad –dijo Sandee–. Tengo que poner distancia entre Hank y yo, así que necesito que me cubras en el trabajo. Puedes quedarte en mi casa y guardar el Ferrari en el garaje.

–¿Cómo?

–Acabo de empezar –dijo su prima sin darle importancia–. Nadie me conoce. Tú solo tienes que ir y hacer tu trabajo. Solo serán una o dos semanas, hasta que Hank se tranquilice un poco. No creo que aparezca por allí, pero, si lo hace, dile que se pierda. Solo he salido con él un par de veces, así que seguro que se traga que eres yo. Le dices que te apetecía teñirte de rubia y ya está. No se atreverá a venir por aquí porque mi vecino es El Fantasma, ya sabes la superestrella de la lucha libre.

–Estupendo –dijo Corinne. ¿Una superestrella de lucha libre? Maravilloso, peligroso se estremeció–. El dinero me vendrá bien –añadió. «Y la aventura, también». Pensó en hacerse un tatuaje. «¡Hola, Angelina!».

–Sí, todo saldrá bien.

¿Y el trabajo en qué consistiría? Conociendo a Sandee podría ser desde domadora de leones a bailarina tropical.

–Lo único que he hecho en los últimos cinco años han sido facturas.

–¡Perfecto! –exclamó Sandee levantándose y llevándose la

bandeja a la cocina–. Muy parecido a modelar.

–¿Modelar? –repitió Corinne atragantándose–. No, eh, no… tengo mucha experiencia en eso…

–Es muy fácil –sonrió su prima–. Vamos a ir para que lo veas –añadió desde la cocina.

–¿Adónde?

–Al ring de boxeo.

Capítulo Tres

–Vengo a ver a mi chica –dijo Leo mirando con cara de duro al tipo de la puerta. Aquella noche, había combate de boxeo amateur, así que no hacía falta hacerse pasar por manager ni por promotor. Bastaba con hacerse pasar por un novio presuntuoso y fanfarrón.

El tipo sonrió.

–Creía que la pelirroja era la chica de Hank.

Pelirroja. ¡Bingo! ¿Hank? Menuda sorpresa.

–Es una caja de sorpresas esta mujer –murmuró pasando junto al portero como si fuera a arreglar las cosas con su novia en un santiamén. Avanzó por el oscuro pasillo. Escuchó a ver si lo seguían. No. Bien. La farsa del novio enfadado siempre daba resultado ante las sorpresas.

El aire acondicionado agudizó sus sentidos y su actitud. Había rebuscado en su armario y había conseguido embutirse en unos vaqueros viejos ante las risotadas de Mel. Se había puesto una camiseta negra medio rota que dejaba al descubierto sus bíceps. Había empezado a hacer pesas de nuevo. Sabía que Dom lo estaba observando de cerca y presentía trabajo de verdad. Trabajo de verdad significaba dejar el trabajo de oficina. A veces, el mundo era blanco y negro.

No se había afeitado en un par de días, parte del disfraz «vengo a ver a mi chica», y le picaba la cara. No se había molestado en peinarse con el fin de dar el toque definitivo para que lo dejaran entrar por la puerta de atrás en un local donde se iba a celebrar una pelea. A veces, el mundo era blanco o negro.

Se rascó la barbilla y miró a la derecha. El lugar se le hacía conocido. Sí, hacía unos años había hecho una redada de drogas allí. Si la memoria no lo engañaba, los camerinos quedaban a la izquierda y allí encontraría a la «pelirroja grande» que había robado el Studebaker. Había olvidado preguntar qué quería decir aquello de «grande».

Nunca había conocido a una mujer que pusiera en práctica el viejo truco de dar por detrás a un coche y robarlo. Willy, el propietario del coche robado, había dicho que se dio con un tipo a las afueras de la ciudad y que, cuando se bajó a hacer los papeles, le dieron un golpe y lo dejaron inconsciente. Cuando se despertó, estaba en el asiento trasero del coche del tipo que lo había golpeado y la pelirroja iba conduciendo. Aparte del color del pelo, había visto que era guapa y que tenía unas buenas piernas.

No era mucho puesto que mujeres que encajaran con esa descripción había muchas en aquella ciudad. Sin ir más lejos, su mujer. Sintió como si le dieran una patada en el estómago. «No pienses en Elizabeth. Has pasado un año de horror porque te distrajo en un trabajo… que no vuelva a suceder».

Willy había denunciado el robo y había tenido la suerte de reconocer a la pelirroja dos noches en aquel mismo local pasando los números entre asalto y asalto.

Bingo. Pan comido.

No tenía más que detenerla en los camerinos para que Dom le diera un caso de verdad.

Se metió un palillo en la boca y avanzó por el pasillo central de MGM, en el que reinaba una mezcla de colonia barata, sudor y cloro. Abrió la primera puerta. Nada. La segunda. Cajas y sillas. La tercera.

Una rubia desnuda dio un grito de sorpresa. Lo miró con sus ojos grises y él intentó mirarla a los ojos también.

–Estoy buscando a…

Ella le puso el cartón del número 1 en la cara, así que Leo bajó la mirada y se encontró con un par de pechos maravillosos. No eran los típicos de silicona que se veían en Las Vegas sino unos pechos voluminosos y prietos, como peras. Los pezones rosados se irguieron como si los hubiera tocado. Maldición. Llevaba tanto tiempo sin tocar a una mujer…

Se cambió el palillo de diente. Quería terminar la pregunta, pero no podía dejar de mirar aquellos pechos.

–¡No mire! –dijo ella tapándose con el cartón.

–Lo siento –mintió él.

En ese momento, la rubia se dio cuenta de que la parte inferior de su cuerpo estaba al descubierto y bajó el cartón. Leo luchó por mirarla a los ojos. La mujer terminó por taparse la cara como si la situación fuera demasiado humillante.

Leo quería dejar de mirar, pero era un hombre, no un santo. No podía controlarse. Bajó la mirada hasta sus pechos y se dio cuenta de que la rubia respiraba con dificultad. Estaba nerviosa y, si su instinto masculino no lo engañaba, excitada.

Aquello lo puso a mil. Tenía que irse. Eso sería lo que haría un caballero, un hombre prudente.

Por desgracia, nunca había sido ninguna de las dos cosas.

Su mirada bajó hasta el triángulo rizado. No era del mismo color que su pelo, pero aquel pensamiento pronto se vio desbancado por otros mucho más urgentes.

«Has venido a trabajar, no a hacer inventario», se dijo.

Volvió a mirar el cartón con el número 1 que cubría su cara.

A Corinne le temblaban las rodillas. En parte, por miedo ya que el único hombre que la había visto completamente desnuda era Tony y, en parte, de excitación. Para ser sincera, nunca había estado, y menos desnuda, con un hombre que se parecía a Mel Gibson y que era tan sensual como Billy Idol.

Intentó dejar de temblar y apretó los pies dentro de los zapatos de tacón negros con los que llevaba ensayando todo el día. «Tendría que haber cerrado con llave. Demasiado tarde. No te caigas. No te caigas».

No quería ni pensar en la pinta que tendría bajo aquellos neones que parecían luces de sala de interrogatorio. Bajó un poco el cartón y vio su pelo, moreno, revuelto y salvaje, como él, seguro. Combinado con unos ojos verdes de lo más penetrantes hacía que la expresión «chico malo» se quedara corta. Nunca había estado tan cerca de un hombre así. Le parecía sentir su calor, su deseo…

Su mirada por todo su cuerpo.

Corinne gimió y dio con la cabeza en el cartón. No sabía qué taparse. Si bajaba el cartón, le vería la cara y estaba completamente avergonzada. En ese momento, prefirió que viera su cuerpo desnudo a que viera su alma desnuda reflejada en su rostro.

Se recordó pocos días antes, envuelta en plástico, en su casa, igual de humillada y con los mismos malditos zapatos. Entonces, había cometido el error de mirar a su supuesto futuro marido a los ojos y había visto que, en realidad, no la quería.

Decidió comportarse como Sandee.

–¿Puedo ayudarlo en algo? –le preguntó nerviosa.

–Estaba buscando a… algo –contestó él completamente seguro de sí mismo.

Tenía una voz grave que hizo que Corinne sintiera una descarga eléctrica por la espalda. ¡Dios! Aquello no le había ocurrido ni siquiera con Tony. Se irguió y lo miró a los pies. Grandes. ¿Sería verdad lo que decían? Llevaba unas zapatillas de deporte viejas. Vio un trozo de pantalón vaquero muy desgastado. Suficiente para no querer comportarse como una chica buena…

El cartón temblaba de forma descontrolada, como todo su cuerpo. Lo agarró con más fuerza rezando para que no se le cayera porque tenía las manos sudorosas. Seguro que el esmalte rojo que le había robado a Sandee se estaba derritiendo bajo la mirada de aquel hombre tan sexy.

–Bueno, aquí solo estoy yo –dijo carraspeando– y me tengo que

vestir.

–¿Le importaría que echara un vistazo?

–¿Es que no ha visto suficiente?

Una risa fue lo que obtuvo por respuesta. Una risa sensual que valía más que mil palabras, una risa que decía que la encontraba deseable. Corinne enrojeció de pies a cabeza y supuso que eso se podía interpretar como: «no me he acostado con nadie en dos meses, así que hazme tuya» o :«¡Cuidado: mujer necesitada de amor!».

Leo se preguntó si había visto suficiente. No. Sus instintos más básicos lo empujaban a ver y a tocar. Creyó quemarse por dentro. Tenía que salir de allí, dejar de mirarla y salir de allí.

–Una amiga de mi mujer que trabaja aquí se ha dejado el bolso en una de estas habitaciones –dijo.

–Dese prisa. Me tengo que…

–Vestir, sí.

Una pena porque así estaba para comérsela. Leo comenzó a mirar a su alrededor. Vio una bolsa de gimnasio negra normal y corriente junto a un bolso plateado. ¿Deportista y glamurosa? Nada que ver con las chicas que se solían ver en Las Vegas.

«Olvídate de la chica y registra la habitación». No vio nada que le indicara que había habido otra mujer en aquel lugar. Pensó en preguntarle por la pelirroja, pero decidió que aquello podía dejar sus cartas al descubierto. Había llegado el momento de irse.

–No está –dijo cerrando la puerta al salir.

Una vez en el pasillo, apoyó la cabeza en la pared y se sacó el palillo partido en dos de la boca. ¿Cuándo se había partido? Lo último que necesitaba era aquel deseo apremiante que lo estaba devorando…

Era la primera vez que lo sentía desde que su mujer lo había engañado hacía un año.

–A la porra con Elizabeth –murmuró apartándose de la pared.

Si había algo que conseguía enfriarlo era pensar en ella. Se volvió a centrar en su trabajo y recorrió el local en busca de la pelirroja de piernas largas.

–¿No la has encontrado? –le preguntó el portero cuando salió.

–No –contestó mirando al cielo y poniéndose otro palillo entre los dientes.

Había algo en aquel camerino, pero ¿qué era? Hizo repaso mental. No parecía que hubiera nadie más, no, estaba sola…

Recordó su cuerpo, sus piernas larguísimas, su ombligo. Se imaginó deslizando la lengua en sus contornos antes de seguir

subiendo hasta sus pechos. Conocía mejor su cuerpo que su cara. En los breves segundos en los que la había mirado a los ojos, había visto una boca roja como las uñas, una nariz recta y una mata de pelo de un rubio que parecía metalizado.

Se sacó el palillo de los dientes. ¿Pelo rubio? Sonrió. Eso era. El vello íntimo de una mujer nunca engañaba.

Era pelirroja.

Corinne se miró en el espejo.

–El plástico tapaba más –murmuró observando el minúsculo biquini negro. Tal y como Sandee le había asegurado, con el relleno su copa había pasado de «b» a «d». «A ver si vuelves pronto, primita, porque a mí no se me da nada bien hacerme la tía buena».

Se había atado la parte de abajo tan fuerte que le estaba haciendo daño, pero la daba igual. No quería que ningún gracioso pudiera desatársela. Una cosa era estar expuesta ante un desconocido y otra, ante una sala llena de desconocidos.

Se volvió a mirar en el espejo.

–¡Soy Sandee, la extrovertida y salvaje! –se dijo riendo.

¿Cuándo había soñado con la oportunidad de tener carta verde para actuar tan salvaje y sensual como quisiera, para ser una tía buena de verdad? ¡Nunca! No pasaría nada si alguien le tirara del biquini, como si se lo quitaban entero. Luego, se iría de Las Vegas y nadie sabría que había sido ella.

Aquello la llenó de seguridad, se sintió capaz de soportar cualquier cosa.

Se dio cuenta de que había sido siempre discreta porque nunca se había sentido libre para ser de otra manera. Tony era tan posesivo y celoso que ella se había metido en sí misma, siempre intentando saber cómo darle gusto, siempre echándose la culpa si él estaba de mal humor, leyendo todos los libros estúpidos.

El único que le había servido de algo había sido *Cómo hacer aullar a tu hombre* porque le había hecho quedarse en casa aquel día y enfrentarse a la verdad. Sonrió.

–Verme en esta situación de locos haciéndome pasar por Sandee es lo mejor que me ha pasado en la vida –se dijo.

Llamaron a la puerta.

–Cinco minutos, muñeca.

Debía de ser Robbie G. Sandee le había dicho que tenía que ser puntual y estar sexy. Lo primero estaba asegura y lo segundo… cruzó los dedos.

–Ya voy –contestó intentando sonar sensual.

Tomó aire y se miró al espejo por última vez. Biquini atado, pechos voluminosos, maquillaje y melena cardada.

–A la que deberían llamar «Tigresa» sería a mí –murmuró al salir dispuesta a enfrentarse al público.

Y a su nueva vida.

Capítulo Cuatro

Para Leo, después de un año solo, verse allí sentado en mitad de aquella multitud fue ir de mal en peor. Antes del accidente, habría disfrutado del ambiente y se habría tomado una cerveza mientras hubiera comentado la pelea como todos los demás.

Y Elizabeth, su mujer, a la que adoraba, habría estado a su lado. Sus amigos le tomaban el pelo porque decían que pisaba por donde ella pisaba, pero sabía que tenían envidia de que él, Leo Wolfman, tuviera un buen trabajo, una mujer de infarto y una casa preciosa.

Mirándolo desde la distancia, se preguntó si habría habido otro hombre en el mundo tan tonto como él.

Y allí estaba, en mitad de toda aquella gente, esperando a que empezara la pelea y con aquella extraña sensación en el estómago que no lo había abandonado desde el tiroteo. Formaba parte de él, como un brazo o una pierna. A veces, en mitad de la noche, se preguntaba si, si un día aquel dolor punzante desapareciera, también desaparecerían las ganas de vivir. Era curioso que un dolo tuviera la capacidad de decidir sobre la vida y la muerte. Si no existiera, sería como si nada lo anclara.

Su psiquiatra le había dicho que era normal después de un trauma como el suyo. Lo había incluido entre los sufrimientos postraumáticos. Sufrimientos. Le había pedido que dejara de utilizar esa palabra. Lo hacía parecer vulnerable. Nunca lo había sido hasta que aquel narco le había pegado un tiro a bocajarro. Mientras caía al suelo preguntándose si aquel horrible calor en el pecho iba a ser lo último que iba a sentir en la vida, miró a Elizabeth a los ojos y vio la terrible verdad.

No lo quería.

Se quitó el palillo de la boca y lo tiró al suelo como si pudiera hacer lo mismo con los recuerdos. No volvería a confiar en una mujer así en su vida. Formar un hogar y una familia quedaba para otros. Desde luego, no para él.

La gente empezó a gritar. Salió uno de los contendientes con una toalla al cuello y rodeado por sus colaboradores, todos con gorras de béisbol. Subió al ring mientras la multitud ya aclamaba al segundo, que avanzaba por el pasillo de enfrente.

–¡Mátalo, Ralphie! –gritó una mujer que estaba sentaba delante de Leo.

Aquello fue como el pistoletazo de salida para que todos los presentes se pusieran a gritar como locos.

Leo se volvió loco cuando apareció la rubia que acababa de ver desnuda. Pasó entre las cuerdas y, al hacerlo, Leo le vio el escote y se le secó la boca. Sabía que bajo aquel minúsculo biquini había dos maravillosos pezones rosados.

La chica se irguió. Desde donde él estaba, en la cuarta fila, vio el brillo gris de sus ojos. Estaba buenísima con aquel biquini… aunque estaba mejor sin nada. Leo apretó los puños. ¿Nervioso? No, al fin y al cabo, solo era una showgirl más acostumbrada a mirar así a su público. Claro que, a juzgar por cómo se había tapado con aquel cartón en el camerino, nadie habría dicho que era la típica descarada.

Alguien le dio el cartón y ella miró a su alrededor. Tampoco una chica acostumbrada a ese trabajo solía hacer eso. En todos los años que llevaba en Las Vegas, nunca había visto a una chica de aquellas mirar a su público intentando ver si eran amigos o enemigos.

Entonces, sonrió abiertamente. Era una sonrisa franca y dulce que pilló a Leo por sorpresa. Fue como ver a Elizabeth Hurley convertirse en Pollyanna.

Alzó el número sobre su cabeza y comenzó a pasearse por el ring. Al principio, avanzó con pasos cortos, pero luego empezó a dar grandes zancadas. A Leo le latía cada vez más rápido el corazón. Hacía unos segundos, parecía nerviosa, pero se estaba metiendo muy bien en la faena. Andaba con seguridad moviendo las caderas. ¿Y qué estaba haciendo? ¿Bailando? Sí, estaba bailando, haciendo que aquel número 1 se convirtiera en el más sexy del mundo.

Leo exhaló aire con fuerza y metió la mano en el bolsillo de la camisa en busca de otro palillo. Se habían terminado. Necesitaba mascar algo. Se frotó las palmas de las manos con fuerza. No podía controlar aquella explosión de nerviosismo, otro de los efectos postraumáticos. Si hubiera estado en casa, habría salido a arreglar algo en su Airstream, la afición que le había salvado en el último año. Pero no estaba en casa, así que se puso las manos en las rodillas e intentó relajarse.

«Piensa en el trabajo», se dijo. Se fijó en los reflejos de su pelo. Aunque tenía una sonrisa de ángel, el color de su melena no era natural… un secreto que compartía con él.

Aquella mujer era una estafadora.

Tan fácil como se había cambiado el color del pelo, se inventaría una historia si la acorralaba. No era la primera vez que tenía que desenmascarar a un estafador, pero sí le pareció más peligrosa aquella, con un biquini, que otros con armas.

La chica se paró, se inclinó y pasó bajo las cuerdas. Sus miradas se encontraron.

Leo sintió que el resto de la sala dejaba de existir, se hizo el silencio y solo estaban ella y él. Leo dejó de oír a los demás, solo oía su corazón como una locomotora. Como un animal acorralado, ella lo miró preocupada y…

¿Con miedo?

Estaba volviendo a confundirlo. Primero, se comportaba como una mujer sensual, aunque con sonrisa de ángel y, ahora, lo hacía como una bomba de puro sexo, pero asustada. Había detenido y encerrado a muchos delincuentes y solía saber lo que estaban pensando, pero, en aquella ocasión, estaba perdido.

–¡Eh, Sandeee!

El grito masculino rompió su mundo de silencio y los devolvió a la realidad.

La chica parpadeó sorprendida y volvió la cabeza. Un hombre calvo y enorme la saludó con la mano.

Ella sonrió dubitativa.

–Hola –dijo alejándose con el cartón.

«Sandee». Así que así se llamaba la pelirroja.

Se puso una bata negra con las letras MGM y se sentó pulcramente como una colegiala. Una colegiala en biquini. Confusión de nuevo.

«Es una estafadora. Te la está jugando».

Nadie engañaba a Leo Wolfman.

Era parte del reto, parte del juego. Por primera vez en meses, Leo sintió que sus sentidos se agudizaban. Los estafadores eran listos, pero él podía serlo más. Como antaño, se descubrió recogiendo datos, analizando la entrada, preparándose para entrar a matar.

El lobo había vuelto.

–¡Tigresa, tigresa! –exclamó Corinne mirándose en el espejo del camerino–. ¡Si Tony hubiera visto a la nuevas Corinne, nada discreta! –se rio–. Se le habría borrado la sonrisa de la cara viéndome mover el pandero delante de todos esos desconocidos –añadió recordando cuando le había hecho cambiarse de minifalda porque le había parecido descarada.

Si la falda le había parecido descarada, ¿qué le habría parecido aquel biquini? ¿Indecente? ¿Indecoroso? ¿Obsceno?

Corinne se sentían obscenamente liberada. Se puso a bailar con

las manos sobre la cabeza maravillada por lo que acababa de hacer y por cómo se habían comportado los hombres.

Mientras esperaba a salir al ring, adultos hechos y derechos se habían comportado como auténticos adolescentes. ¡Ahora entendía por qué Sandee tenía tanta seguridad en sí misma! Dejó de bailar y se puso a imitar los diálogos.

–Preciosa, ¿quieres una copa? –dijo con voz ronca.

–No, gracias, nunca bebo de servicio –había respondido.

–Muñeca, hemos tenido que subir el aire acondicionado cuando has entrado –imitó a otro.

–Entonces, supongo que ya te habrás refrescado –contestó ella.

Todo lo había dicho con una gran sonrisa y la voz un poco susurrante, como Sandee, como si fuera su prima y aquella solo fuera una noche más de trabajo en su vida. ¡Y qué vida! Ropa salvaje, trabajos indecentes y cientos de ojos masculinos posados en su cuerpo…

Corinne recordó el par de ojos que la habían puesto nerviosa.

Justo antes del primer asalto, había visto al tipo que había entrado «por error» en su camerino. Cuando sus miradas se cruzaron, sintió que se tambaleaba; fue como un impacto muy fuerte y la confianza de Corinne se había visto seriamente dañada. Estaba sentado muy cerca del ring, como si fuera un superaficionado, pero no se había comportado como tal. Todos a sus alrededor bebían y gritaban, pero él estaba quieto, mirando solo a un punto. A ella. Corinne había tenido la incómoda sensación de que estaba allí por ella…

No, más bien, eso era lo que a ella le gustaría.

Quería estar tan guapa e irresistible que aquel tipo duro bebiese los vientos por ella.

Y, si lo hacía, sus cuerpos se entrelazarían para conocer las cotas más altas de placer.

Corinne se dio un pequeño cachete en la cara como para despertar de un sueño.

–A ver, ¿por qué me iba a seguir?

¿Qué le había dicho? Que estaba buscando un bolso, ¿no? Sí, y había comentado que tenía novia. Pues no lo parecía. Bueno, claro que ella no era precisamente una experta en el tema porque su supuesto marido tenía una y ella ni se había enterado. De todas formas, aquel tipo parecía no tener a nadie. Definitivamente, estaba más solo que la una. No, lo del bolso no era cierto.

Se estremeció al recordar su intensa mirada. Se había sentido más desnuda que en el camerino. Tal vez, porque la miraba como si

la conociera, como si la estuviera esperando. ¿Y si era un ex novio de Sandee?

Recordó que su prima le había hablado de Hank y de su vecino, el de la lucha libre. ¿Sería ese? No, se parecía a Harrison Ford, no a un luchador.

Entonces, ¿quién era?

–Algún tipo al que le gusta venir a ver a las chicas desnudas –se contestó decepcionada porque no hubiera ido a verla a ella–. Seguro que lo de ir por los camerinos buscando un bolso lo tiene ensayado –añadió mirando la puerta. Sí, había cerrado con pestillo. Aunque, por un momento, se lo imaginó entrando allí y sintió una descarga por toda la espalda que la pilló completamente por sorpresa. Nunca le había sucedido aquello con Tony, ni siquiera de novios. Era como si una parte secreta de ella hubiera vuelto a la vida, la parte que gritaba: «quiero noches de pasión y revolcones por el suelo».

Suspiró.

–¡Bueno, seguramente será porque llevo dos meses sin probarlo!

Maldito Tony. Nunca la había hecho sentirse deseada y ella sintiéndose culpable y buscando maneras de hacerlo aullar. Se plantó frente al espejo en jarras como si le estuviera hablando a Tony.

–¿Y esa rubia te parece una tía buena? ¡Si hubieras visto a todos estos hombres pensando lo mismo de tu Corinne!

El recuerdo de la rubia le dolió. ¿Qué importaba que veinte hombres hubieran tonteado con ella? El hombre a quien ella quería, a quien le había entregado su corazón y su futuro la había engañado de forma horrible. Recordó el consejo de Sandee. «No pienses en ese canalla». Corinne se quitó el pintalabios con una pañuelo de papel.

Aunque tratara de apartarlo de su cabeza, la verdad es que ella lo que quería era un marido y formar un hogar. Se acarició la tripa con tristeza.

–Bueno, ¿y qué si me he quedado sin casa, marido e hijos? Mejor haber descubierto la verdad a tiempo que haber vivido toda la vida engañada.

Se desabrochó la parte de arriba del biquini y comenzó a vestirse.

Leo golpeó el tronco del árbol con el palo preguntándose cuánto iba a tardar la pelirroja en salir. Mujeres. Cuánto tardaba en vestirse. ¿Cuánto podía tardar en quitarse un biquini minúsculo y

ponerse ropa de calle? Tal vez, estuviera con algún admirador. Quizá, alguno que se le hubiera colado en el camerino mientras se vestía.

O se desvestía.

Sintió una punzada de ira. No quería que ningún imbécil de aquellos invadiera su intimidad. Bueno, él lo había hecho, pero había sido por una buena razón. Aunque se le habían pasado un par de pensamientos calenturientos por la cabeza, no se había comportado como un imbécil. Volvió a golpear el tronco con más fuerza. Ojalá hubiera cerrado la puerta con llave. A juzgar por su reacción cuando él había entrado, no parecía muy preparada para defenderse. Cualquier mujer con un poco más de experiencia, a pesar de estar desnuda, habría utilizado los zapatos de tacón para defenderse.

Leo se quedó pensativo analizando la situación. No, no le iba a pasar nada. Había guardas de seguridad por los pasillos y cámaras por todas partes. Un solo grito e irían cinco gorilas a ver qué pasaba. Estaba bien.

Bien, sí, muy bien…

Recordó su desnudez y su cuerpo reaccionó. Se movió incómodo en aquellos vaqueros demasiado apretados. ¡Tenía que dejar de pensar en ella, en su cuerpo de piel sonrosada, en aquellos pechos y aquellas piernas! Maldición, había mucho tiempo que no veía a una mujer desnuda.

No como el Leo de antes, el de antes del disparo.

Entonces, veía a más mujeres desnudas de las que le habría gustado. Como agente de policía en Las Vegas, le tocaba frecuentar locales de striptease, calles con prostitutas y cosas por el estilo.

El cuerpo que acababa de ver era diferente. Era mejor. Era natural. Si no le engañaba la memoria, tenía un lunar junto al ombligo…

¡Basta!

Se miró las manos y vio el palo roto en dos trozos. Maldijo y tiró lo que quedaba de aquel palo con el que llevaba jugueteando media hora mientras esperaba a la pelirroja.

Recordó que se llamaba Sandee.

Aquel tipo enorme la había llamado así, como si la conociera, y ella se había quedado perpleja. Aquella mujer era todo un misterio.

Leo no le había quitado ojo de encima, pero ella no había vuelto a mirarlo a los ojos. Chica lista. Sabía que la estaba mirando. A Leo le gustaba observar a su presa antes de atacar.

Se tocó el bolsillo aunque sabía que no tenía tabaco y miró el

palo. Necesitaba algo con lo que entretenerse.

–Debería volver a fumar –gruñó.

–¡Hasta luego, preciosa! –dijo el guarda de seguridad rompiendo el silencio de la noche.

Leo se escondió entre las palmeras y la miró. Llevaba un vestido rosa con sandalias a juego que hacían ruido en el suelo al andar.

La brisa hacía que la tela se pegara a su cuerpo como un amante celoso. Cuando pasó cerca de él, se fijó en que la tela rozaba sus muslos con suavidad y en que sus pechos se movían al ritmo del clic clic de las sandalias. Maldición. Aquel vestido era peor que el biquini. Cuando la vio bajo el haz de luz de la farola, juró que observó cómo se endurecían los pezones, aquellos pezones rosados que recordaba muy bien. Debería estar prohibido ir sin sujetador…

«No olvides que es una farsante. Como Elizabeth».

Aquello lo hizo volver a la realidad y mirar a su presa con frialdad.

Sandee se había parado. Leo aguantó la respiración. ¿Lo habría oído? Se apoyó en un coche como si fuera el suyo para disimular y se quedó mirando las estrellas como si estuviera esperando a alguien y tuviera todo el tiempo del mundo.

Mientras miraba el cielo, oyó más pasos y que se volvía a parar. Miró disimuladamente y vio que estaba entre dos coches buscando las llaves en el bolso. Uno era un Toyota Tercel y el otro no lo veía. La luz de la luna se reflejaba en su pelo. Sí, definitivamente, bajo el tinte rubio se veía que era pelirroja. Por fin, sacó las llaves y abrió la puerta de un…

Ferrari.

Leo sintió como una bofetada de aire gélido. La observó montarse en el coche y cerrar la puerta.

Cuando encendió las luces y comenzó a avanzar, se fue hacia su Mustang. Cuando el Ferrari salió del aparcamiento, lo siguió a una distancia prudente, parapetándose detrás de los demás coches. Era como seguir a una presa en una cacería.

Sí, el lobo había vuelto.

Capítulo Cinco

El estómago de Corinne emitió un sonido de protesta. Miró el reloj del coche. Las doce menos cuarto.

–No me extraña –murmuró frenando en un ceda el paso–. Llevo sin comer desde el almuerzo y, entonces, no he comido más que sobras –añadió recordando el trozo de pizza, el zumo de manzana y el queso con jalapeños.

A la hora de cenar, había estado demasiado nerviosa como para probar bocado. Su estómago volvió a quejarse.

–¡Sí, ya te oigo, pero esta vez quiero comida de verdad!

Llevaba dos días en Las Vegas y solo había comido alimentos congelados y sobras. Así era Sandee. Nunca se le había dado bien nada de la casa. Una vez, había estado dos meses regando una planta antes de darse cuenta de que era de plástico.

Sandee se había ido, había prometido llamarla aquella noche, por cierto, y la cocina era suya. Decidió ir a la compra y cocinar pasta con salsa de tomate, espinacas a la crema y tomar frambuesas con nata de postre.

Su estómago ronroneó de contento.

–Si sigues así, voy a terminar escribiendo *Cómo hacer aullar a tu estómago* –le contestó Corinne.

Sonrió y se dio cuenta de que su vida actual le parecía graciosa, no como antes. La Corinne de antes no solía reír y se tomaba las cosas demasiado en serio. No llegar nunca tarde al trabajo, no desabrocharse nunca más de dos botones de la camisa, nunca pedir lo que realmente quería.

–No me extraña que la vida me pareciera tan dura. Vivía en la Tierra de Nunca Jamás.

Aquellas normas que se imponía a sí misma venían de cuando era pequeña y tenía que mudarse constantemente debido a las relaciones de su madre. Entonces, había comenzado a ser muy disciplinada para darle forma a su vida, algo que seguiría haciendo si no hubiera pillado a Tony con la rubia.

–Sí, seguiría haciéndolo –se dijo alegre–. Nunca pensé que me sentiría agradecida por haberme enterado de su infidelidad, pero…

Pero así era. Si no hubiera sido así, seguiría viviendo en Denver y fingiendo que todo iba bien.

Miró por la ventana la ciudad de Las Vegas con todas sus luces.

«Si hace una semana, alguien me hubiera dicho que un hombre me iba a ver desnuda y que iba a pasear mi palmito delante de

gente que no conocía de nada, lo habría mandado al psiquiátrico».

Claro, Corinne la discreta de la Tierra de Nunca Jamás nunca jamás habría hecho algo así.

«Pero ahora que lo he hecho, ¡todo es posible!».

Sonrió encantada.

–Como encontrar un supermercado.

Minutos después, vio un local grande y bien iluminado y se dijo que no era la única que iba a hacer la compra a las doce de la noche. Aparcó cerca de la puerta, donde el coche estuviera bien. Al fin y al cabo, costaba un riñón, como Tony le había recordado siempre que podía. Y ella había escuchado en silencio lo que costaba tal o cual extra sin atreverse a pedir que le subiera su asignación por miedo a que se enfadara.

Pero el Ferrari era otro tema, claro.

Apagó el motor y salió del coche pensando en comprar alcachofas marinadas, queso de cabra y pasta fresca, nada de seca…

Cerró el Ferrari y se quedó mirándolo.

–¿Qué vio en ti? –le soltó–. No eres más que un motor con un bonito envoltorio de metal, como… las mujeres que le gustan. ¿Acaso tienes corazón? ¿Puedes amar? ¿Puedes tener hijos?

Tragó saliva con tristeza y entró en el supermercado antes de no poder controlarse y pegarle una patada al Ferrari.

Leo observó cómo le gritaba al coche como si el vehículo le hubiera insultado. Un hombre nunca le habría hablado así a su Ferrari. Todo lo contrario. Habría sido su mejor amigo.

Obviamente, el coche no era suyo. ¡Muy osado por su parte llevarlo a casinos y supermercados y, más osado todavía, ponerse a gritarle! Aquella farsante tenía un valor…

Cuando la vio entrar en el establecimiento, Leo dejó a Vd colgado del retrovisor. La bola de madera con plumas a los lados que se había encontrado bajo el asiento del coche poco después del tiroteo y de que Elizabeth lo abandonara había pasado a formar parte de su vida. Cuando lo encontró, pensó que se parecía a un muñeco de vudú y de ahí su nombre, Vd.

–Espérame aquí, Vd. Ahora vuelvo –le dijo observando a Sandee a través de las cristaleras del supermercado.

Para ser una farsante, parecía una mujer muy normal.

Pero él no se lo había creído ni por un momento.

Corinne empujaba el carro más lentamente que de costumbre. Claro que, normalmente, no iba a hacer la compra a aquellas horas con un vestido camisero y sandalias de tacón alto. Entendió por qué Sandee nunca iba a la compra. Era prácticamente imposible andar con aquel calzado sobre aquellos suelos de linóleo.

Pensó en comprarse unas zapatillas de deporte. Tenía el dinero que le había dejado Sandee y lo que le quedaba de los amigos de Kyle. Necesitaba otro tipo de calzado y, además, echaba de menos salir a correr por las mañanas.

Reconoció la pieza de Mozart que sonaba en el ambiente y se maravilló de que los supermercados de Las Vegas pusieran música clásica. Cuando tenía diez años, el novio de su madre, Terence, la había obligado a dar clases de violín. Un día, el tipo se levantó y se fue. Su madre había llorado durante semanas, hasta que anunció que se iban de Los Ángeles a Salt Lake City porque había encontrado trabajo allí.

A Corinne le importaba un bledo el nuevo trabajo de su madre. Lo único que le importaba era que su madre dejara de llorar y, egoístamente, se alegraba de no tener que dar más clases de violín.

«Si algún día tengo hijos, vivirán en una sola casa, con un solo padre y solo aprenderán a tocar un instrumento si ellos quieren».

Miró su carro. Tomates biológicos, un tarro de alcachofas marinadas, *linguini* frescos, mantequilla, ajo, espinacas… muy bien. «¿Dónde estará el queso de cabra?».

Miró los carteles que tenía sobre su cabeza y que indicaban lo que había en cada pasillo. *Papel, bombillas, bebé…*

Bebé.

Instintivamente, se metió por aquel pasillo. Se paró ante las cajas de papilla. En todas, había una carita sonriente. Luego, avanzó hasta los polvos de talco y las cremas. Tomó un bote de aceite, lo abrió y aspiró. Su aroma dulce y delicado evocó en su mente la imagen de un precioso bebé sonrosado. Cerró el bote y lo puso en la estantería.

«Me tengo que ir. Esto es como ser adicta al chocolate e ir al pasillo de tabletas de chocolates», pensó. Se paró en seco. Perfectamente organizados, había muñecos para morder cuando al bebé le salían los dientes, tacitas, baberos…

«Debería irme», pensó tomando un sonajero con un dibujo de Piolín. Lo agitó y se imaginó a un bebé riéndose, un bebé tan encantador como los de las papillas. Lo volvió a agitar.

Si tuviera un bebé, lo compraría para entretenerlo. Sí, sería una madre entregada y divertida, como lo había sido la suya cuando no

había estado llorando por algún hombre. En su casa, habría risas y juguetes por todas partes. Ella jugaría con sus hijos y los animaría a tener imaginación y a no visitar nunca la Tierra de Nunca Jamás.

Volvió a agitar el sonajero y se puso a bailar.

Leo miró el reloj. Sandee llevaba en aquel pasillo un cuarto de hora oliendo una cosa y agitando la otra, pero no había comprado nada. Al principio, había metido en el carro a toda prisa todo lo que necesitaba y él había disfrutado de ello porque, bajo aquellas luces, el vestido era todavía más provocativo. Se había torcido un par de veces los tobillos con aquellos tacones, pero había recuperado el equilibrio. ¿Por qué se empeñaban las mujeres en llevar zapatos con tanto tacón? Misterio del universo.

Había encontrado algo que le había llamado poderosamente la atención y se había quedado en aquel pasillo. Al principio, Leo se había sentido molesto y, luego, al verla bailar con algo en la mano, curioso. En el ring la había visto bailar de forma sensual, pero aquello era diferente, era como si estuviera soñando. En el ring, lo había electrificado, pero en aquellos momentos lo estaba desarmando.

Sorprendentemente, se sentía algo culpable. Al lobo jamás le había sucedido aquello, pero con ella tenía la impresión de estar violando su intimidad. Además, sus movimientos eran inocentes, como los de una niña, y aquello hizo que la viera de otra forma. ¿Qué sería lo que le hacía sentir algo tan profundo en un supermercado?

–Perdone –dijo una mujer de setenta y tantos años con una camiseta en la que se leía *Cómeme*–. Está usted en medio.

Leo no se podía mover o, de lo contrario, Sandee lo vería.

–¿Qué quiere?

–Leche de soja. ¿Trabaja usted aquí?

–No, pero la ayudo.

La mujer se quedó mirándolo, como pensándose si debía o no fiarse de él.

–Bien, un cartón de leche de soja biológica enriquecida con betacaroteno, vitaminas B12, E y D y calcio.

Leo miró y vio el cartón.

–Aquí tiene.

–No, lo quiero con sabor a vainilla.

–¿Además?

Sin mayor dilación, volvió a mirar y comprobó que,

efectivamente, existía con sabor a vainilla.

–Tenga.

La mujer tomó el cartón y se fue sin darle las gracias.

Leo se giró para seguir observando a Sandee.

Se había ido.

Miró a un lado y a otro y la vio en el departamento de prensa. Desde donde estaba, la tenía controlada, así que decidió ir a ver qué era lo que le había llamado tan poderosamente la atención.

Avanzó por el pasillo, aprovechó para tomar una caja de palillos, y se acercó al lugar donde ella había estado bailando. Pañales. Leo hizo una mueca y siguió andando. Sí, aquel era el punto exacto. Objetos de bebé.

Tacitas con personajes de dibujos animados, baberos, cucharas especiales.

Y el sonajero.

Grande, blanco y con la cara de un pollo amarillo. ¿Cómo se llamaba aquel pájaro? Sí, Piolín, eso era. Miró al animal a los ojos, unos ojos muy grandes y asombrados, como los de Sandee, aunque ella los tenía grises y no azules. Miró el final del pasillo. No estaba. Volvió a mirar el sonajero que la había extasiado. También había ropita y juguetes. Sin embargo, no había comprado nada. ¿Qué clase de mujer hacía aquello?

«Una mujer que quiere tener hijos».

No sabía si aquello lo alegraba o lo ponía de mal café. Él había querido tener un hijo con Elizabeth. De hecho, casi se lo había dicho en la primera cita y ella había estado de acuerdo. Sin embargo, tras la boda, había dicho que no. Leo había insistido y le había recordado lo importante que era para él. Al final, ella había accedido, pero, a los pocos meses, Leo había encontrado una caja de píldoras anticonceptivas.

Le había echado en cara unas cuantas cosas de las que se había arrepentido. La decepción nunca lo abandonó. La verdad era que ella nunca había querido tener hijos. Otro detalle oscuro que le hubiera gustado saber sobre ella antes de hacerla su esposa.

Leo se pasó la mano por la barba. Desde el tiroteo, se dejaba arrastrar por los sentimientos demasiado fácilmente. En aquellos momentos, se sentía furioso y dolido. «Olvida el pasado. Concéntrate en el presente», se dijo. Su terapeuta se lo había repetido hasta la saciedad y le servía para seguir viviendo, para seguir trabajando.

Clic, clic, clic. Sandee fue hacia la caja. Bien. Leo decidió salir por la caja rápida, que estaba justo al otro lado, y así estar ya en el

coche cuando ella saliera. Mientras se dirigía a pagar, el sonido de las suelas de sus deportivas sobre el linóleo le recordó al del sonajero.

Din, don.

Corinne paró de remover la salsa de tomate y escuchó. ¿Qué sería? Miró el reloj del horno. La una de la madrugada. ¿Algún vecino…?

Din, don.

No, era cerca. ¿En la puerta? ¿A aquellas horas? Bajó el fuego y fue hacia la entrada de la cocina con la cuchara de madera en la mano.

Din, don.

Sí, estaban llamando a la puerta. Más bien, aporreándola. Sandee le había dejado un mensaje en el contestador dándole un número y diciéndole que volvía en una semana. Una cosa era hacerse pasar por ella en el trabajo y otra, en su vida personal, pero no tenía opción.

Avanzó hasta la puerta y miró por la mirilla. Ahogó un grito de sorpresa al ver un globo color carne… o eso pensó ella que era en un principio, hasta que el globo se movió y vio que había dos ojos debajo. La cara le sonaba.

Sí, era el grandullón que la había saludado en el ring y que ella supuso sería el vecino, el luchador.

–¿Eres tu, Fantasma?

–¿Estás bien?

–Sí, ¿por qué?

–Porque nunca me llamas así.

Corinne esperó a ver si le decía su nombre, pero nada. Carraspeó e intentó hablar como Sandee, con voz ronca.

–¿Qué ocurre?

–¿Estás acatarrada?

Fuera lo de la voz ronca. Sandee le había dicho que era un buen hombre, así que abrió la puerta a pesar de que solo llevaba una camiseta muy grande que había encontrado detrás de la puerta del baño.

–¿Sandee? –dijo el tipo.

Corinne no podía hablar. Aquel tipo iba con pantalones de deporte y sin camiseta. Era la mole más grande que había visto jamás. Sabía que estaba con la boca abierta, pero no podía hacer nada.

–Sandee, ¿estás bien? –repitió.

«No».

–Sí –contestó cerrando la boca.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Cocinar.

–¿Por qué?

–Porque tengo hambre.

–Pero si nunca cocinas.

Cierto. Sandee no cocinaba.

–He… he decidido intentarlo.

Vio dolor en su rostro y, entonces, reparó en que tenía una bandeja en las manos. Le había llevado comida. Ningún hombre había cocinado nunca para ella.

–He dicho intentarlo –dijo para arreglar las cosas–. No creo que se me dé bien. La semana que viene, probablemente me dé por otra cosa –añadió sonriendo. Él no sonrió–. Por limpiar la casa, por ejemplo.

La expresión de su rostro se suavizó.

–Bueno –dijo el Fantasma–. Te he hecho unos brownies.

¿Brownies? ¿Aquel tipo se había pasado la tarde cocinando para ella?

–Gracias –dijo Corinne emocionada.

El tipo se encogió de hombros.

–Tenía que hacerlos para la fiesta de cumpleaños de mi sobrina y pensé en hacer de más para ti –dijo algo sonrojado.

Entonces, Corinne se dio cuenta. Aquel tipo estaba enamorado de Sandee y ella, acostumbrada a recibir todo tipo de halagos por parte de los hombres, no se había dado cuenta.

De alguna manera, el Fantasma le recordó a sí misma, cómo había intentado ganarse el amor y la aprobación de Tony. Aunque no podía corresponder a sus sentimientos, sí podía mostrarse amable con él, demostrarle que lo que había hecho era especial, como le habría gustado que Tony hubiera hecho con ella.

Agarró la fuente.

–Gracias… –dijo. Uy, el nombre otra vez. Decidió mirar los buzones a la mañana siguiente. Le dedicó la mejor de sus sonrisas y vio que él se sonrojaba todavía más.

–De nada –contestó como un colegial.

–Tengo que volver con la pasta –anunció Corinne–. ¡Buenas noches!

–¿Qué te has hecho en el pelo? –le preguntó él cuando se disponía a cerrar la puerta.

–Me lo he teñido.

–¿Por qué?

–Para ver si era cierto que las rubias se lo pasan mejor –contestó con una sonrisa. El Fantasma no sonrió–. No, en serio, porque quería un cambio en mi vida –añadió. «Eso sí que es verdad».

–Bueno, tú estás guapa de todas formas.

Vaya, aquel tipo estaba verdaderamente enamorado de Sandee. Decidió hablar con su prima en cuanto volviera. No era justo que lo tuviera cocinando y haciendo méritos para intentar ganarse su amor. Sería mejor que hablara con él y fueron amigos.

–Eres muy amable… –contestó Corinne–. Gracias –añadió disponiéndose a cerrar rápidamente la puerta.

–Buenas noches, Sandee –dijo él entusiasmado–. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

«Por desgracia, no», pensó mientras la cerraba. Se apoyó en ella y suspiró. En cinco minutos, había recibido más cariño que en cinco meses de Tony.

–Así es –dijo en voz baja.

Capítulo Seis

Leo observó desde su Mustang al tipo que estaba en la puerta de Sandee.

–Parece una montaña de carne –murmuró.

Desde que había aparecido, Leo lo había observado muy de cerca para intentar saber de qué iba aquel visitante de última hora.

En cuanto Sandee abrió la puerta, obtuvo su respuesta. El tipo se comportaba como un adolescente nervioso que fuera a pedirle salir a la chica más guapa del instituto. Llevaba una fuente tapada con papel de aluminio, así que supuso que había cocinado algo para ella.

–Vaya, amigo –murmuró Leo.

Sandee acababa de cerrar la puerta, pero la montaña no se iba, se había quedado mirando la puerta cerrada como un cachorro con la esperanza de que lo dejaran entrar. Daba pena verlo.

–Ríndete –dijo Leo–. Si hubiera querido algo contigo, te habría metido en casa, como ha hecho con la fuente.

Leo se preguntó cómo sería la casa de Sandee. Sabía que no debía pensar en aquellas cosas, pero se dejó llevar. ¿Cómo sería ganarse su confianza y su amor? Maravilloso, seguro. Había visto suficiente para saber que era tímida, pero sensual y sensible, descarada, la combinación de fuego y alma con la que todo hombre soñaba y casi ninguno encontraba. Seguro que con ella un hombre se podía entregar a una vida dulce y apacible… con una mujer con un cuerpo capaz de volverlo loco y un corazón capaz de amar…

–Eh –dijo Leo dándole un golpe a Vd–. La próxima vez que me ponga a pensar en estas cosas, me paras. Si no, me veo cocinando y trayéndole bandejas de comida –añadió pensando en lo mal que cocinaba–. Compañero, no dejes que se me vaya la cabeza. Recuérdame que llevo demasiado tiempo sin… y que cualquier mujer me parecería la bomba, incluso la cerdita Peggy.

No estaba del todo convencido. La verdad era que, aunque le hubieran puesto delante a Penélope Cruz, habría elegido a Sandee. Había algo en ella que le había llegado muy dentro, como si sus almas estuvieran conectadas. Se rio y dio un golpe en el volante. ¿Él, el Leo lógico y racional que se reía de su madre por ir al psicólogo y de las esposas de sus amigos por hablar de astrología, creía que el alma de Sandee y la suya estaban conectadas?

–La culpa es tuya –le dijo a Vd–. Haz algo. Yo tengo que trabajar.

Miró hacia la puerta de Sandee y vio que la mole se retiraba. Debía de ser un vecino. Apuntó la matrícula del Ferrari. Llamó por radio y en pocos minutos le dijeron que pertenecía a un tal Tony Borgeson, que vivía en Denver, Colorado. Quería saber quién era aquel tipo y qué hacía su coche a tantos kilómetros de su casa.

Solo había una manera de averiguarlo.

Miró el reloj. La una y diez. Las dos y diez en Denver. Si hubiera sido una bici robada, habría esperado, pero era un Ferrari.

Marcó el teléfono y una voz soñolienta contestó al cabo de un rato.

–¿Tony Borgeson?

–Sí.

Leo se identificó y le dijo el motivo de su llamada, pero no le dio tiempo a mucho más.

–¿Desde dónde me llama? ¿Desde Las Vegas? ¿Se puede saber qué diablos hace mi coche ahí?

Leo estaba acostumbrado a tratar con gente nerviosa, así que esperó a que se calmara.

–Sí, su coche está en Las Vegas.

–Debe de estar en casa de su prima… –dijo Tony–. Gracias, agente, ya me ocupo yo de todo.

Leo no estaba preparado para semejante vuelta de tuerca.

–¿Le han robado el coche?

–Eh, no –contestó Tony tras una pausa.

Aquel tipo estaba mintiendo.

–Si se trata de un vehículo robado, la policía puede tomar cartas en el asunto.

–No, no me lo han robado.

¡Ya!

–Sé quién tiene mi coche, eh, se lo presté. Ya voy yo a Las Vegas para hacerme cargo de la situación.

–No es necesario. Yo podría…

–Es mi coche y no quiero que la policía se meta.

Leo se encontró atado de pies y manos. Si Tony no quería que la policía interviniera, él no podía hacer nada. No importaba que tuviera el caso controlado, si Tony no lo denunciaba no podía hacer nada y aquel caso era importante para él. Todo al garete. Había estado muy cerca de dejar el infierno del trabajo de mesa…

–Como usted quiera, señor Borgeson –contestó con calma–. Por si cambia de opinión, le voy a dejar mi nombre y mi número de teléfono.

–De acuerdo.

Leo le dio la información seguro de que Tony ni se estaba molestando en anotarla. Tras colgar, miró a Vd.

–Huelo a secreto. Aquí hay un misterio entre la señorita Te doy y me largo y el señor Denver –le dijo mordiendo un palillo–. Es muy tarde. Aquí ya no podemos hacer nada, así que vámonos a dormir.

Cuando se disponía a poner en marcha el coche, oyó el ruido de otro motor que se paraba frente a casa de Sandee. Observó y vio a un musculitos con camiseta de tirantes, horriblemente bronceado y nauseabundamente guapo. El tipo subió las escaleras de casa de Sandee, se sacó un peine del bolsillo y se peinó.

–No te lo pierdas, Vd, el tipo se está acicalando como si fuera James Dean. Este no trae fuente con comida sino camiseta bien marcada. Interesante. ¿Será su novio? Me pregunto si también estará metido en el robo de coches.

Adiós trabajo de oficina. Leo se quedó allí observando…

Mientras daba vueltas al tomate, Corinne se volvió a maravillar con el poder que tenía Sandee sobre los hombres. ¡Un tipo tan duro y fuerte como el Fantasma le había hecho brownies! Pensó en Tony, que no se molestaba en abrir un frasco de mermelada ni en sacar la basura.

¿De dónde habría sacado Sandee los poderes mágicos para conseguir que los hombres hicieran lo que ella quisiera? No podían ser solo los biquinis, los pantalones cortos y los vestiditos atrevidos. Probó la salsa. Densa, caliente, con trozos de tomate. Se relamió. Mmm. La combinación perfecta de picante y tomate.

Como Sandee, que era la mezcla perfecta de picante y… confianza. ¡Eso era! Corinne dejó la cuchara y reflexionó.

–Al ponerme el biquini esta noche estaba de los nervios, pero luego he pasado de gatita a tigresa. Confianza. Ese es el secreto.

Puso un segundo cazo en el fuego para poner a cocer la pasta.

Toc, toc, toc.

Corinne no se lo podía creer.

Toc, toc, toc.

Miró el reloj. La una y media de la madrugada.

–¿Qué se le habrá ocurrido ahora al Fantasma? ¿Una tarta? Sandee le había advertido que se acostaba tarde y que vivía mucho de noche, así que supuso que eso incluía recibir visitas a altas horas.

Suspiró y apagó los fuegos.

–Este tipo va a conseguir que engorde –murmuró.

Miró por la mirilla.

Ni rastro de la calva ni del pecho enorme y afeitado.

Solo unos ojos como el chocolate y un pelo a juego.

–Muñeca, abre –murmuró el hombre–. Muñeca, lo siento –añadió con voz lacrimosa.

Estaba tan cerca que Corinne vio el diamantito que lucía en el lóbulo de la oreja y la camiseta que marcaba todos sus músculos. ¡Atrás, Antonio Banderas!

–Escúchame, mi amor, te lo puedo explicar. Le pareció oír unos ruiditos. ¿Estaba arañando la puerta?

Madre mía, Sandee conseguía que cocinaran y que suplicaran.

–Cariño, no quería obligarte a robar el coche.

¡Robar el coche! Debía de ser Hank, el tipo que le había robado el corazón a Sandee. Corinne se apretó contra la puerta. ¿Qué diría su prima en aquella situación? Estaba verdaderamente enfadada con él. De hecho, se había ido de Las Vegas para no verlo. Corinne tomó aire.

–Vete o llamo a la policía.

–Cariño, no te culpo por estar enfadada. Solo te pido que me escuches –dijo el hombre. Luego, murmuró algo en español que hizo que a Corinne se le erizara el vello–. Después de perder el trabajo en el Grand, estaba desesperado, realmente desesperado, por ganar dinero. Por eso, caí en lo de antes. Me equivoqué y, además de comprometer mi integridad, te he perdido.

Corinne vio con la boca abierta cómo aquel hombre se golpeaba el pecho con el puño cerrado por haberle hecho daño a Sandee. Aquello era mejor que una interpretación de Antonio Banderas…

–Haría cualquier cosa para volver contigo. Eres mi sol, mi luna, mi…

Corinne ya había oído suficiente. Si la quería de verdad, ¿por qué le había roto el corazón? Aquel hombre era como todos, como Tony. Además, se parecían, uno en versión italiana y otro, española. Las primas siempre habían sido muy parecidas, pero Corinne no sabía que se sintieran atraídas por el mismo tipo de hombre: moreno, simpático y egoísta. Hombres que no se lo pensaban dos veces a la hora de traicionarlas y luego esperaban ser recibidos con los brazos abiertos. Furiosa, abrió la puerta.

Hank dio un paso atrás.

–No te veo con la luz del porche… sal.

–No –contestó encantada de poder verlo bien sin que él la viera del todo a ella.

–Has abierto la puerta. ¿Eso quiere decir que también me abres tu corazón? –imploró él con las manos juntas como si estuviera

rezando.

–No –contestó Corinne–. La puerta es la puerta, no mi corazón.

No había sido una frase estelar, pero ya iría calentando motores. Era la oportunidad perfecta para vengar a su prima, para vengarse ella y para vengar a todas las mujeres del mundo. Y, encima, en una puerta, exactamente el mismo lugar donde una semana antes le habían roto el corazón. Tenía que ser fuerte y conseguir que aquel perro oyera la verdad.

–Muñeca…

–Para empezar, no me vuelvas a llamar muñeca –le dijo. Como se lo debería haber dicho a Tony hacía años.

Hank cerró el pico y se quedó mirándola.

–Pero siempre te gustó.

–Ya, no –contestó cruzándose de brazos–. No me gusta lo que me has hecho –añadió. No sabía exactamente qué había pasado entre ellos, pero aquello era lo suficientemente amplio como para cubrirlo todo.

Hank se puso de rodillas.

–Lo siento.

Aquel tipo era un maravilloso actor. ¡Además, pedía perdón, algo que Tony jamás habría hecho!

¿Qué diría Sandee entonces? Hank percibió sus dudas y levantó la cabeza. Tenía los ojos brillantes. ¿Se iba a poner a llorar? ¿De dónde sacaba Sandee a aquellos hombres tan sensibles?

Hank se frotó los ojos.

–Te amo.

¿Te qué?

–No sé qué significa eso.

–Claro que lo sabes. Te lo dije la noche que me declaré, la noche que te juré amor eterno, que te prometí estar contigo siempre, con hijos y con nietos. Te amo. Te quiero. Aunque tarde toda la vida, haré lo que sea para recuperarte.

«Amor eterno. Hijos». Algo en lo más profundo de Corinne comenzó a ablandarse. Del enfadó pasó a la preocupación. Tuvo la misma impresión que cuando se puso el biquini por primera vez. ¿No se estaría equivocando en la relación entre Hank y Sandee? Aquel tipo la estaba enterneciendo con sus palabras, unas palabras que había anhelado que Tony le dijera. Cada vez se le hacía más difícil fingir ser fuerte como Sandee.

Por otra parte, tal vez, fuera la única vez en su vida en la que alguien le hiciera una declaración de amor tan bonita. Aunque el tipo creyera que era Sandee, ella se moría por vivir aquel momento,

por sentirse amada.

Y quería algo más.

–¿Por qué lo hiciste? –le preguntó. Lo mismo que le hubiera preguntado a Tony si hubiera tenido la decencia de confesarle su engaño. La pregunta que nunca había podido hacer y que siempre había querido hacer.

Hank se volvió a golpear el pecho. Sacudió la cabeza, abrió la boca y volvió a sacudir la cabeza como si la culpa fuera demasiado grave como para ponerla en palabras.

–Quería… construir un futuro para los dos –contestó por fin el hombre por quien su prima había perdido la cabeza.

No era la respuesta que esperaba. Sin embargo, lo que hubiera hecho tenía que ser muy grave porque, de lo contrario, Sandee no se habría ido. Corinne sabía que su prima seguía queriéndolo. Se lo había visto en los ojos y lo había percibido en su voz. ¿Podría hacer ella algo para ayudarlos?

Por desgracia, no sabía qué.

Así que lo observó con los brazos cruzados. Aunque él la miraba con ojos enternecedores, Corinne recordó que le había hecho daño a su prima. «Sé fuerte por ella», se dijo.

–¿Cómo vamos a tener futuro después de lo que has hecho? Es demasiado tarde –le contestó no sabiendo si estaba hablando con Hank o con Tony.

–No me digas eso, mi amor –dijo él con ojos suplicantes y la voz quebrada–. Haré lo que sea para recuperar tu amor. Atravesar a nado el océano más grande, escalar la montaña más alta, lo que sea…

Corinne estaba siendo egoísta, quería seguir oyendo aquellas cosas.

Dio un paso al frente.

Hank levantó la mirada y enarcó las cejas.

–¿Qué te has hecho en el pelo?

–Me… lo he teñido –contestó Corinne muerta de miedo. ¿Se habría dado cuenta de que no era Sandee?–. ¿No te gusta? –añadió odiándose inmediatamente por ello. Era como buscar la aprobación de Tony de nuevo.

–No.

Quiso contestar algo inteligente, como si fuera Sandee, pero, en aquellos momentos, solo era Corinne. Fue como ser Cenicienta y que la carroza se convirtiera en calabaza.

Una sombra se cernió sobre Hank.

–¿Algún problema? –preguntó la voz del Fantasma.

Hank giró la cabeza perplejo y, al verlo, se enfadó. Se levantó y Corinne comprobó que el Fantasma le sacaba una cabeza. Rezó para que Hank pidiera perdón, como hubiera hecho cualquiera en su sano juicio ante semejante montaña.

–¿Quién diablos eres tú?

Obviamente, no estaba en su sano juicio.

–¿Quién es este tipo? –repitió Hank dirigiéndose a Corinne con furia y… ¿celos?

–El Fantasma –murmuró ella.

–¿Cómo? –dijo acercándose a ella–. ¿Así que me has dejado por este? ¿Meto la pata una vez y te buscas a otro?

Corinne dudó. Nunca se había visto en una situación así. Dos hombres peleándose por ella. Había llegado el momento de tener confianza en sí misma.

–Que vengas aquí pidiendo perdón no quiere decir que te lo vaya a dar. Vete a casa. Necesito tiempo para pensar –le dijo yendo hacia la puerta–. Tú vete también –añadió mirando al Fantasma– porque, si os ponéis a pelearos aquí, llamo a la policía.

Tras aquella amenaza, entró en casa y cerró la puerta. Miró por la mirilla y vio a los dos hombres mirándose. Al cabo de un minuto, Hank se retiró sin dejar de mirar al otro a los ojos y, al final, el Fantasma también se fue.

Corinne oyó la puerta de arriba cerrarse y un motor que se alejaba. Tomó aire varias veces, contenta de que aquello hubiera terminado.

Sin embargo, de repente, oyó otro motor.

¿Otro coche?

¿Otro hombre?

¿Un tercero?

–Prima, te enseño a cocinar a cambio de lecciones de cómo ligar –murmuró volviendo a la cocina.

Capítulo Siete

–¿Has venido a ver a tu chica otra vez? –le preguntó el guarda de seguridad del MGM como si fuera muy divertido verlo por allí dos noches seguidas.

–Sí –contestó Leo entrando.

–Lo siento, pero no recibe visitas –le indicó el gorila poniendo el brazo para impedirle la entrada.

–¿Desde cuándo?

–Desde que yo lo digo.

Leo se sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo dio. El otro lo aceptó.

–Solo intentaba ahorrarte problemas –le contestó con su sonrisa desdentada–. Eres el segundo novio que aparece esta noche. El otro también ha dicho que era su novio. Quería entrar como fuera, pero le dije que fuera por la puerta principal y que pagara como todos los demás.

Eran las ocho y veinte y la pelea empezaba a las nueve. ¿Quién querría ver a Sandee tan pronto?

¿Sería Cachas Brownie? No, seguro que era el musculitos.

–Sí, Sandee es material inflamable–continuó el portero guardándose el billete–. No es de extrañar que se produzcan explosiones a su alrededor.

–Menos mal que a mí no me gusta la pólvora –contestó Leo pasando a su lado. Era cierto. Tras el tiroteo, no había querido verse cerca de una pistola de nuevo aunque le había resultado imposible por su trabajo. Igual que no había querido volver a acercarse a una mujer y le había resultado imposible por el hecho de ser hombre.

Tenía la sensación de que iba a terminar liado con Sandee, de que estaban destinados a terminar juntos. Tal vez, si no hubiera presenciado el episodio del sonajero, no se habría enterado de que Sandee estaba tan desesperada por tener hijos como él mismo había estado una vez y no habría comenzado a tener pensamientos tan locos.

O, quizá, no fueran una locura. Tal vez, fueran lógicos. «La verdad es que Sandee es lo que buscaba en Elizabeth. Estoy convencido de que hay complicidad entre nosotros», pensó riéndose. Aquello era propio del antiguo Leo, que se creía ese tipo de tonterías, que creía que el mundo era de color de rosa cuando era más negro que el hollín.

Cuando estaba cerca del camerino de Sandee, se dio cuenta de

algo. ¿Por qué el portero no le había dicho que era Hank? Cuando la noche anterior, él había dicho que la chica era su novia, el tipo le había contestado «Yo creía que era la chica de Hank». Eso quería decir que no era el musculitos quien había ido a verla, si es que el musculitos era Hank, claro.

¿Quién sería entonces? ¿Uno nuevo? ¿Pero cuántos hombres tenía Sandee?

Leo se dijo que el ardor de estómago que estaba sintiendo se debía al perrito caliente picante que se había tomado y no a los celos. «Esto no es más que trabajo», se recordó mordiendo un palillo.

Llamó a la puerta del camerino de Sandee.

Corinne miró hacia la puerta.

–Robbie, todavía me queda media hora –dijo.

–No soy Robbie, soy Leo.

¿Leo? Sandee no le había hablado de ningún Leo.

–¿Qué quieres?

–Unos minutos de tu tiempo.

Aquella voz le sonaba.

–¿Por qué?

–Me envía Tony.

Corinne sintió un escalofrío por la espalda. Debería habérselo pensado mejor antes de llevarse el Ferrari de Tony. Seguro que había llamado a su madre, a Kyle y a todos sus amigos y, al final, habría deducido que estaba con Sandee.

Así que aquel tipo que enviaba Tony sabía que no era Sandee y aquello podía ser un problema. No tenía más remedio que dejarlo entrar.

–Un momento que me pongo algo –dijo poniéndose una batita de seda de flores que había encontrado en el armario de su prima. No se ataba, pero era mejor que recibir a un desconocido en biquini rojo y zapatos de tacón a juego.

Al abrir la puerta, ahogó un grito de sorpresa.

–Usted es…

–El de ayer –dio Leo entrando y cerrando la puerta tras de sí.

Corinne se cerró la bata con manos temblorosas.

–¿Buscando otro bolso?

El hombre sonrió.

–No –dijo mirándola de arriba abajo y haciendo que ella sintiera aquellos ojos verdes como dardos en su cuerpo.

–No sabía que Tony tuviera amigos en Las Vegas.

–Sí, tiene amigos y… un coche –contestó Leo.

El coche. Así que todo se reducía a eso, al Ferrari. Se miraron a los ojos como enemigos preparándose para luchar.

–Que se quede con el coche –dijo Corinne.

Leo la miró extrañado, como si no hubiera esperado aquella contestación. Miró a su alrededor en busca de una papelera donde tirar el palillo. Corinne aprovechó para observarlo. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camisa hawaiana sin planchar y barba de tres días. No tenía nada que ver con Tony.

Aquel tipo era tan amigo de Tony como ella era Sandee en persona.

Corinne se enfureció. ¿Por qué los hombres siempre creían que podían engañar a las mujeres? Si no era el mecánico que la engañaba con el coche era la pareja de una engañándola con otra. Lo peor era que muchas mujeres tragaban para no discutir.

Se acabó.

Corinne analizó la situación. El tal Leo conocía a Tony de oídas. Quizá, alguien le había dicho que el Ferrari de Tony estaba en la ciudad y quisiera robarlo.

Muy bien, si aquel tipo quería jugar, iban a jugar.

Leo dejó el palillo en un cenicero y la miró. Corinne sonrió candorosamente.

–Se lo puede llevar –ronroneó–. Ya se lo dije el otro día –añadió encogiéndose de hombros y dejando que la batita se abriera.

Observó encantada que su acción había tenido el efecto deseado. Leo la miró encandilado. Ella cambió el peso de un pie a otro y movió la cadera lentamente. Aquel poder le encantaba. Lo había tenido tantos años machacado que ahora salía con ansias de venganza.

Lo mejor era que no estaba fingiendo ser Sandee. Era Corinne McCourt, la mujer más fuerte y segura de sí misma del planeta.

El hombre la miró con ojos hambrientos, como si pudiera devorarla en cualquier momento.

Corinne sintió que se le aceleraba el corazón y que su cuerpo se incendiaba.

Intentó controlarse, pero tanta sensualidad masculina la había descolocado. Sintió calor y frío a la vez. El ambiente estaba cargado, le costaba respirar. Abrió la boca para tomar aire…

…Pero no le dio tiempo porque él dio un paso al frente y la tomó entre sus brazos.

–Si te pones así… –dijo antes de besarla con fruición.

Corinne sintió su aliento masculino y su cuerpo fuerte y duro. Sintió sus labios bajar desde su boca hasta su cuello. Gimió de

placer y volvió a besarla en la boca. Al sentir sus manos en las caderas, gimió en alto.

Se dejó llevar y respondió a su ardor con abandono, explorando sus labios y su boca. Se sentía salvaje, fuera de control, quería más…

Entonces, él se apartó y la miró con deseo y… con furia.

Sorprendida, Corinne se apartó temblorosa. Leo sacudió la cabeza con fuerza, se giró y abrió la puerta.

–Lo siento, Sandee –le dijo antes de irse.

–¿Sandee? –murmuró ella sentándose.

En algún momento, se le había olvidado que había sido un juego.

Leo se sentó cerca del ring, en un asiento situado junto al pasillo para poder seguir al nuevo novio, que todavía no había aparecido. Además, desde allí, veía también a Sandee y podría seguirla si fuera necesario.

Había perdido el control en el camerino, pero había sido culpa de la chica. Aquel numerito de la bata y el movimiento de cadera había sido como poner un vaso de agua ante un hombre sediento.

Un hombre sediento, hambriento y descontrolado.

Más que un hombre, un animal.

No debería haberse alegrado de que el lobo hubiera vuelto porque había vuelto de verdad, en forma de animal de cuatro patas que perdía la cabeza por ver una pierna femenina. Se había dejado llevar por los instintos más primitivos, como si el mundo no hubiera evolucionado.

Y ella había respondido a su ardor. Si Dom lo hubiera visto, lo mandaría a la cocina.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de los boxeadores.

En ese momento, Sandee puso un pie en el ring y Leo sintió deseos de protegerla de la multitud enardecida. De repente, comprendió que le importaba aquella mujer. Era guapa, sensual y, además, bailaba con sonajeros y quería hijos.

El obeso que tenía al lado y que ocupaba la mitad de su asiento, además del suyo completo, gritó al verla.

Leo se dijo que debía mantener la calma, pero era difícil viendo a Sandee con las cuerdas entre las piernas. Entró en el ring y se paseó con el número 1 del primer asalto. La observó, vestida de rojo y encendiendo todas las mentes calenturientas de la sala. Miró a su

alrededor. Sabía lo que estaban pensando todos aquellos hombres y los odió por ello.

–¿Qué demonios haces vestida así? ¡Baja de ese ring ahora mismo!

Al principio, Leo creyó que aquellas palabras habían salido de su boca. Hasta que vio un hombre debajo del ring haciendo señales desesperadas a Sandee. Ella se quedó helada, con el cartón sobre la cabeza.

–¡Estás loca! –gritó el hombre–. ¡Corinne, casi te cargas el coche viniendo hacia aquí!

¿Había dicho Corinne? ¿Qué hombre en su sano juicio se preocuparía de un coche teniendo a semejante bellezón en biquini delante? Desde luego, un hombre para el que su coche era lo más importante del mundo. Tal vez, el dueño de un Ferrari.

¿Sería Tony?

Leo se levantó y fue hacia él. Tenía que sacarlo de allí y hacerle unas preguntas. Demasiado tarde. Aparecieron dos guardas de seguridad y agarraron al tipo.

Leo se sentó y se quedó mirando cómo lo sacaban de la sala.

Cuando pasaron a su lado, Leo oyó que el hombre decía: «¡Tengo todo el derecho del mundo a decirle que se baje de ahí! ¡Es mi prometida!».

¿Sandee prometida?

No había visto que llevara alianza y, a juzgar por la cantidad de hombres que revoloteaban a su alrededor, era lo último que hubiera pensado de ella.

Claro que no había duda de que la mujer que había visto con el sonajero en el supermercado quería una familia.

Miró el ring y vio a Sandee allí de pie, con las piernas sugerentemente abiertas y más rojo en los labios y en las uñas que en el resto del cuerpo. La mujer del supermercado y aquella que tenía ante sí no parecía la misma. Era como si fueran dos mujeres diferentes…

Una idea comenzó a fraguarse en su cabeza. Volvió a mirar hacia el ring. Sandee estaba dando vueltas de nuevo, pero parecía… asustada. ¿De aquel hombre?

Una vez abajo, la vio hablar con uno de los de seguridad. Estaba claro que le estaba diciendo que tenía miedo y que se quería ir. Leo se enfadó consigo mismo por apiadarse de ella. Los farsantes podían jugar con uno, engañarlo y caer simpáticos. Incluso conseguir que el tonto de turno se enamorara de ellos.

Él debería saberlo mejor que nadie. Había estado casado con una

de ellas.

Había llegado el momento de seguir a Sandee a casa. Con dos hombres siguiéndola, era posible que huyera de Las Vegas y él no podía permitir que aquello ocurriera.

Sandee fue directa a casa y no recibió visitas. Leo hizo un par de llamadas y descubrió que el tipo del ring iba a pasar la noche en el calabozo por haber pegado a uno de los de seguridad. Leo intentó que le desvelaran su nombre, pero sus fuentes no lo sabían.

Leo decidió irse a casa. Sandee no actuaba como si estuviera planeando irse de la ciudad y, menos, en un coche robado, prestado o lo que fuera.

–Hola, guapo –lo saludó su loro al llegar a casa.

–Seguro que eso se lo dices a todos –le contestó él.

Se sentaron ambos ante el televisor y se pusieron a ver un programa en el que salía un tal Herbert que había robado un camello.

–Anda, Herbert, que ya podías haber robado un coche mejor.

En ese momento, pensó en Sandee y en el Ferrari. Un caso muy interesante, más interesante que el del Studebaker. ¿Cómo lo había robado si el propietario vivía en Denver? ¿Y por qué no lo habían denunciado? ¿Por qué había dicho Tony Borgeson que Sandee o Corinne era su prometida?

Leo reflexionó y se encontró con varias posibilidades. Sandee podría haber ido a Denver, haberle pedido al tal Tony que se casara con ella y, luego, robarle el coche. No parecía tan manipuladora, pero ¿quién era él para juzgar? Lo importante era que el coche había terminado en Las Vegas y que el dueño no había denunciado su desaparición a la policía. Habría sido mucho más fácil que ir hasta allí y montarla en el Grand.

Mel voló hasta su hombro.

–Hola, guapo.

–Mira que eres pelota.

La voz de la presentadora de televisión llamó su atención. Hacía tiempo que no hablaba con una mujer.

Recordó los labios de Sandee, rojos y carnosos. Y su sonrisa, que le recordaba a Meg Ryan.

Mel graznó.

–Lo siento, amigo. Hoy no soy un buen compañero. No bebo contigo ni te hablo. Es que tengo la cabeza en un caso.

Mel silbó.

–Sí, bueno, tienes razón, en una mujer. Una mujer con ojos de gata, grises y poderosos, con una sonrisa que te podría romper el corazón y un cuerpo de escándalo. Se llama Sandee.

–Sandee –dijo el loro–. Quiero Sandee.

–Ya somos dos.

No debería haberlo dicho. Ya no podía pensar en otra cosa. La deseaba, sí, quería tocarla. Intentó dejar de pensar en ella y se pasó la lata de refresco por las manos para intentar calmarse. Inútil. Como echar un cubito de hielo a una hoguera. No había nada que pudiera aplacar su fuego.

–Solo Sandee –murmuró levantándose.

Miró a su alrededor. La pintura beis de las paredes era su piel, los labios de la presentadora eran los suyos y los globos de la luz eran sus…

–Necesito un palillo –dijo pasándose los dedos por el pelo. Fue hacia la cocina y recordó que los había dejado en el coche–. Ahora vuelvo, Mel.

Pero al llegar al coche, lo último en lo que estaba pensando era en los palillos. Encendió el motor y se dijo que quería darse una vuelta para calmarse.

Sin embargo, lo cierto era que sabía que lo que realmente quería era a Sandee.

Capítulo Ocho

Veinte minutos después, Leo aparcó enfrente de casa de Sandee sintiéndose un poco culpable por haber mentido a Mel.

–Ha sido culpa suya –le dijo a Vd–. Empezó él con todo eso de «quiero a Sandee», no yo.

El muñeco, colgado del retrovisor, lo miró inerme.

–Eh, que he venido porque es mi trabajo. Soy policía y ella es una sospechosa –dijo buscando los palillos–. Bueno, está bien, me muero por ella. Soy humano. No creo que tú lo entendieras. De todas formas, sé cuáles son mis prioridades. He venido a resolver un caso, así que no me hagas sentirme culpable tú también.

Vaya, entre Mel y Vd le podían hacer la vida imposible.

En ese momento, oyó pasos.

Miró y vio una silueta que se dirigía a casa de Sandee.

–Creía que estabas en el calabozo –murmuró al ver que era Tony Borgeson.

–¡Sandee, abre! –gritó el tipo dando una patada a la puerta.

–Aquí va a haber jaleo –dijo Leo.

Se disponía a salir del coche cuando se dio cuenta de que, si Sandee los veía juntos, iba a decir que Tony había enviado a Leo a su camerino y se iba a descubrir todo el pastel.

Plan B. Llamó por radio a la central y pidió refuerzos.

–¡Abre! –volvió a gritar el energúmeno, que no tardó en arrearle otra patada a la puerta.

Leo salió del coche. A la porra con los refuerzos. Debía proteger a Sandee.

En ese momento, oyó: «¿Quién diablos es usted?». Al principio, creyó que se refería a él, pero pronto vio que Tony se lo estaba diciendo al Cachas Brownie, que había aparecido en el porche y lo miraba, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si fuera un genio recién salido de la lámpara mágica. Le dijo algo que Leo no alcanzó a oír, pero nada bueno a juzgar por el puñetazo que Tony intentó pegarle.

Mal hecho.

Cachas Brownie lo agarró de la cabeza como si fuera un balón de baloncesto y lo mantuvo inmóvil en el sitio mientras Tony daba golpes al aire.

–Qué pérdida de testosterona, Tony –dijo Leo subiendo el bordillo.

Sandee abrió la puerta y gritó. En ese momento, aparecieron dos

coches patrulla y Leo se quedó observando actuar a sus compañeros. Luces, esposas y los dos hombres arrestados. Un agente se quedó hablando con Sandee y tomando notas.

Leo se apoyó en un coche aparcado en la oscuridad. Aunque algún agente lo reconociera, todos sabían que estaba de incógnito, así que estaba a salvo.

Se dedicó a observar a Sandee. Le gustaba la camiseta rosa que llevaba. Era la misma que llevaba la noche anterior, cuando había salido con la cuchara. ¿Una chica de ring a la que le gustaban los niños y la cocina? ¿Sensual y casera? ¿Por qué no estaría casada?

Diez minutos después, estaba sola en el porche mirando cómo se iba el último coche patrulla. Miró las estrellas, como si estuviera perdida en sus pensamientos. La luz amarilla del porche le daba de lleno y parecía un ángel.

–Sí, un ángel con cuerpo de diablo –dijo Leo.

De repente, estaba enfadado con ella. Por lo del Studebaker, por tontear con los hombres que iban a ver las peleas, por coquetear con él…

No le fue de ninguna ayuda que la camiseta apenas le cubriera los muslos y dejara al descubierto unas piernas de escándalo. En el ring, la protegían los chicos de seguridad y en casa, su Cachas Brownie personal, pero en aquellos momentos estaba sola.

Enfadado, Leo fue hacia ella. Si no se metía en casa por iniciativa propia, tendría que decírselo él.

Al verlo, lo miró con los ojos como platos.

–Eres tú…

–¿Qué haces aquí fuera después de que ese loco haya estado pegando patadas a tu puerta?

Acababa de descubrirse a sí mismo.

–¿Ese loco? –repitió ella mirándolo con los ojos entrecerrados–. Creía que conocías a Tony.

Así que estaba en lo cierto. Era Tony.

–Métete en casa.

–No obedezco órdenes de nadie.

«Sensual, casera y cabezota».

–Por favor –gruñó él.

–¿Qué haces aquí? Estás en mi casa, en mi camerino… –lo acusó estirándose la camiseta hacia abajo. Se había ruborizado.

Leo sabía lo que ella estaba pensando porque él estaba pensando lo mismo. Había perdido el control en su camerino, casi la había atacado. Menos mal que ella también lo había querido. Estaba claro por cómo había reaccionado, pero, aun así, jamás debería haberse

comportado así.

–He sido yo el que ha llamado a la policía.

–¿Sabías que Tony venía para acá?

–Sí –mintió.

–¿Y querías protegerme?

Leo se dio cuenta de que lo preguntaba como si no se lo pudiera creer. Odió al tipo que la había hecho sentirse tan insignificante.

–Sí.

Aquello iba de mal en peor. Siempre había sido un hombre de normas, pero aquella noche se las estaba saltando todas. Era un agente intentando proteger su coartada y un hombre intentando ocultar su deseo. Por primera vez en su vida, las cosas no eran ni blancas ni negras sino grises…

–Gracias por llamar a la policía –susurró ella mojándose el labio con nerviosismo–. No sabía qué hacer… –añadió. Fue como si quisiera seguir hablando, pero no se atreviera.

–¿Quieres que hablemos?

Leo se sintió como un canalla porque su pregunta no había sido sincera. Era el agente de policía trabajando quien la había hecho. Se recordó que tenía que resolver un caso y no podía dejar pasar la oportunidad.

–Pasa –le dijo ella.

Leo dudó y, al final, entró.

Corinne oyó cómo se cerraba la puerta y sintió un escalofrío, como cuando había visto a Tony junto al ring o había oído sus gritos en la puerta. ¿Por qué no la había llamado por teléfono y le había pedido el coche? ¿No era eso, al fin y al cabo, lo que quería?

Corinne sabía la respuesta. Tony no creía que lo suyo hubiera terminado, creía que seguían juntos, quería el coche y la quería a ella.

Se giró y miró al hombre que le había salvado el pellejo. Era sensual y viril.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó. «A mí, por ejemplo»–. ¿Un té con hielo, un refresco?

El tipo negó con la cabeza.

–¿Qué relación tienes con Tony?

–Yo no diría que tuviéramos una relación –contestó haciendo un gesto despectivo con la mano.

–¿Por qué te llama Corinne?

¿Lo había oído? Corinne dudó y se quedó mirando su camisa floreada. Había sospechado que no conocía a Tony, pero ya lo sabía a ciencia cierta. Si lo hubiera conocido, habría sabido que su ex

novia se llamaba Corinne.

–Haces demasiadas preguntas –le dijo mirándolo a los ojos.

Tal vez, aquel tipo estuviera jugando, pero ya no tenía fuerzas. De repente, todos los acontecimientos de la última semana se le fueron encima. Suspiró.

–Sandee, si necesitas un amigo…

–Lo necesito, sí –admitió ella. ¿Estaba loca o qué? Bueno, era la verdad. Antes, tenía a Kyle, pero en Las Vegas estaba sola.

–Pues yo estoy aquí –dijo él con ternura.

Por un momento, estuvo tentada de dejarse llevar, pero, de repente, se dio cuenta de que no podía desvelar su secreto. Tenía que cubrir a su prima. Su jefe creía que era ella y la policía, también. Tenía que aguantar unos días más. Cuando volviera Sandee, ya verían entre las dos qué hacer.

–Estoy bien –mintió dando un paso atrás–. Es tarde.

Él la miró como intentando entender aquel cambio de humor.

–Tienes razón –dijo por fin–. Me voy. ¿Qué es eso que pone en tu camiseta?

Corinne cerró los ojos avergonzada al darse cuenta de la cantidad de gente que habría leído aquello estaba noche. Tony, el Fantasma, los policías y… Leo.

Era la camiseta de Sandee en la que estaban dibujados Blancanieves y los siete enanitos y ponía *Yo no estoy dormida, ¿y tú?*

Abrió los ojos y se lo encontró sonriendo. En ese instante, Corinne recordó sus labios, ardientes y devoradores, y sus manos. Abrió la boca para contestar, pero se había quedado sin voz.

–Yo… eh…

–Yo tampoco estoy dormido –dijo él.

Corinne sintió que se derretía por dentro. Hacía calor en aquella habitación. Seguro que él también lo estaba sintiendo porque tenía un brillo especial en los ojos.

–¿Quieres que me vaya?

Corinne sintió un escalofrío por la columna.

«No, no te vayas», pensó. Quería probar la fruta prohibida. Lo tenía tan cerca que le parecía estar degustándola ya.

–Sí –dijo la Corinne de siempre, la que nunca se desabrochaba más de dos botones de la camisa, la que no incumplía las normas y pedía lo que deseaba.

–Entiendo –dijo él dándose la vuelta para irse.

–No creo –murmuró ella.

Leo abrió la puerta, salió, se dio la vuelta con una sonrisa y se fue.

Corinne se quedó allí de pie. ¿Creía haber cambiado en tan poco tiempo? No, seguía siendo la Corinne de siempre, la que se negaba lo que deseaba, la que hacía lo que había que hacer. Si quería ser la de antes, ¿por qué no volvía con Tony, se casaba con él y se pasaba la vida de forma miserable jugando a juegos mucho más dolorosos que los que había conocido en aquellos días?

Vio la silueta de Leo en la ventana que había junto a la puerta. Así que estaba fuera. ¿Esperando? ¿Observándola?

Se vio de repente en el vestíbulo de su casa, envuelta en plástico, esperando al hombre que creía amar para ganarse su afecto. En lugar de ser el primer plato, se había encontrado que para Tony era las sobras.

«Yo no soy las sobras de nadie. Merezco sentirme deseada. Quiero sentirme deseada».

La nueva Corinne, la que pedía lo que quería, salió a la luz y se acercó a la ventana.

Leo no veía más que su silueta. No le veía la cara, pero sabía que lo estaba mirando. ¿Por qué? Si le acababa de decir que se fuera.

Aquella mujer era un rompecabezas, pero, después de Elizabeth, era todo un experto en juegos. No iba a volver a fiarse de una mujer, aunque tuviera unos grandes ojos grises, bailara con un sonajero en la mano y llevara camisetas picaronas.

De repente, sintió una punzada.

«Juzgar a todas las mujeres por Elizabeth es otra forma de ver el mundo en blanco y negro». Los ojos de Sandee eran grises y gris era también la verdad. Había algo en ella que no encajaba, pero ya se encargaría él con sus dotes de policía de averiguar qué era.

Presentía que era una buena persona porque sabía que quería tener hijos y solo las buenas personas tenían suficiente bondad como para desear algo así. Además, había visto la amabilidad con la que trataba al Cachas Brownie.

–No querías que me fuera, ¿verdad? –murmuró mirándola a través del cristal translúcido.

Como si lo hubiera oído, Sandee se quitó la camiseta. Leo vio unas tiras rojas a lo largo de su cuerpo. El biquini. Sandee comenzó a moverse en círculos. ¿Estaba haciendo lo mismo que sobre el ring? Sí, pero aquello era solo para él.

Leo comenzó a excitarse. Puso una mano sobre el cristal como si pudiera tocarla.

Los contornos de su cuerpo no se apreciaban, era como si estuviera bajo el agua. Leo se la imaginó desnuda y su cuerpo reaccionó inmediatamente.

Recordó sus pechos con forma de pera y sus pezones erectos cuando la miró.

Vio volar un trozo de tela roja. ¿Se había quitado la parte de arriba? Cuando vio otro trozo de tela roja en el suelo, Leo sintió que no podía más. Vio sus pezones rosados y su mata de pelo pelirrojo entre las piernas.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Tenía que entrar. Necesitaba poseerla. Volvió a intentar abrir la puerta. Nada. La golpeó con el hombro con fuerza y la puerta cedió.

Corinne sintió un calor inexplicable en el pecho cuando lo vio en el umbral de su casa mirándola como la había mirado en su camerino, como un animal hambriento.

Sabía que si le decía que no, él se iría, pero eso era lo último que Corinne quería.

–Tómame –susurró.

«¿Qué estoy haciendo? Si apenas lo conozco», pensó de repente.

Pero sí lo conocía. La primera noche, cuando la había visto desnuda, podría haberse aprovechado de ella y no lo había hecho. Aquella misma noche, podría haber dejado que Tony le hiciera daño y tampoco lo había hecho. Sí, lo conocía. Conocía a Leo. Por primera vez en su vida, fue consciente de su sexualidad y de su poder femenino.

–Tómame –repitió con más seguridad.

Capítulo Nueve

Leo cerró la puerta. En sus ojos verdes, Corinne vio todo lo prohibido con lo que siempre había soñado. Cuando se quitó la camisa, Corinne sintió que se le salía el corazón del pecho.

Cerró los ojos esperando lo inevitable. Sabía que, de un momento a otro, se iba a abalanzar sobre ella y le iba a hacer el amor de forma salvaje. Sintió que rezumaba libido, se mojó los labios y esperó…

No ocurrió nada.

Abrió un ojo.

¡Leo seguía de pie junto a la puerta!

Para ser exactos, estaba como… acechando, con el cuerpo terso, como dispuesto a saltar en cualquier momento. Tenía la respiración acelerada y, cada vez que tomaba aire, se le hinchaba el pecho cubierto de vello oscuro.

Corinne se estremeció. El encuentro que había tenido con él en el camerino había sido un aperitivo comparado con lo tenía ante sí. Aquel hombre era mucho más hombre que Tony.

Su presencia dominaba la estancia, el aire estaba impregnado con su olor y su calor. Corinne deslizó la mirada desde el torso desnudo hasta la cintura de los vaqueros. La antigua Corinne se hubiera parado allí.

La nueva, no.

Siguió bajando la vista y se fijó en la parte del vaquero que le cubría su masculinidad.

¿Estaba desgastado?

¿Qué clase de hombre desgastaba los vaqueros en esa parte? Sintió que se le salía el corazón por la boca. Solo había estado con un hombre, Tony, y a ninguno de sus pantalones les ocurría aquello. Todo el mundo sabía que el tejido vaquero era de lo más resistente. Solo algo realmente duro y grande podía desgastarlo.

«Es un animal».

Leo se acercó a ella lentamente, como si estuviera mirando a una presa. Sonrió y gimió.

Corinne sintió una descarga eléctrica y, acto seguido, una conexión especial. ¿A qué estaba esperando? Ya le había dicho que la tomara. Estaba allí, desnuda, ¿qué más podía hacer? ¿Qué harían las hembras animales para señalar a su macho que estaban listas? Instintivamente, Corinne separó las piernas dándole permiso.

En ese momento, la habitación explotó.

Leo avanzó hacia ella y ella se echó en sus brazos. Se encontraron a mitad de camino y sus lenguas se entrelazaron, al igual que el resto de sus cuerpos.

–Leo, Leo –murmuró ella como loca.

Lo mejor era que la mujer que él tenía entre sus brazos en aquellos momentos no era la imitación de Sandee sino la nueva Corinne. El mundo se difuminó dejando paso a las sensaciones. Sintió sus labios, sus dedos en el pelo y, en mitad de todos aquellos besos y caricias, intentó grabarse a fuego en la memoria aquellos instantes para no olvidar nunca lo que se sentía al ser el objeto del deseo de un hombre.

Leo se apartó un momento para tomar aire y ella aprovechó para mirarlo a los ojos sintiéndose más mujer que nunca. Cuando él le acarició los pechos con una mano mientras metía la otra entre sus piernas, sintió que enloquecía.

–¡Oh, sí!

Lo agarró y lo devoró a besos. Creyó que era él quien estaba gimiendo de nuevo, pero comprobó que era ella. También se dio cuenta de que tenía una pierna enrollada en su cadera, atrayéndolo hacia ella.

La nueva Corinne.

Había creído que él era un animal, pero en aquellos momentos ella era la reina de la selva.

Aire. Necesitaba aire. Lo tomó y siguió besándolo, bajó hacia su pecho, lo lamió y se restregó en él.

Leo dijo algo ininteligible.

Corinne lo miró, pero no acertó a preguntarle qué había dicho. Había otras cosas que hacer. Le esculpió el pecho con sus manos. Dibujó una cicatriz que encontró entre el vello y siguió bajando hasta que sus dedos se encontraron con la parte desgastada de los pantalones.

Leo gimió de placer.

Corinne agarró la zona y la masajeó suavemente.

Leo jadeó.

Corinne le desabrochó el primer botón. Había llegado el momento de…

–Espera –murmuró él agarrándole las manos–. No quiero tomarte aquí.

Corinne asintió aunque le importaba un bledo que fuera allí o en mitad de la autopista.

–La habitación…

Leo la tomó en brazos. Ella, al principio, pareció sorprendida y,

luego, encantada.

–Por ahí –le indicó apoyando la cabeza en su hombro.

Leo se maravilló de lo delicada que parecía en sus brazos. Había estado a punto de perder el control en el porche y en el vestíbulo, pero quería hacerlo despacio, que aquel momento fuera algo dulce y duradero.

La dejó sobre la cama y se apartó para admirar la obra de arte. La había visto desnuda varias veces, pero nunca había tenido tiempo para saborear su belleza. Allí, sobre la colcha color melocotón, le pareció que su piel brillaba, que de su cuerpo emanaba una luz interior. Parecía un cuadro.

–Dios, qué guapa eres.

Vio que le brillaban los ojos y, por un momento, creyó que se iba a poner a llorar. Pero no lo hizo. Le dio las gracias con una gran sonrisa y, de repente, Leo vio más allá de su desnudez, vio su alma y se dio cuenta de que nunca le habían hecho el amor.

Nunca la habían tocado con cariño. Aquello hizo que olvidara el pasado y el futuro; solo le importaba el presente, hacerle el amor a una mujer preciosa cuyo deseo por él era el regalo más bonito que le habían hecho nunca.

Apagó la luz de la habitación, pero todavía entraba claridad del pasillo y vio su silueta recortada.

–Maravilloso –murmuró.

Leo se desabrochó el botón del pantalón mirando cómo ella lo miraba. Se quitó los calcetines y los zapatos. Se bajó la cremallera lentamente, se quitó los pantalones y se quedó desnudo ante ella. Ella lo miró con una fascinación tan inocente que Leo estuvo a punto de sonreírse.

–Maravilloso –murmuró ella.

–Copiona.

Ella se rio y Leo encontró su risa fantástica, infantil y feliz.

Cuando se movió sobre la cama no le pareció infantil, sin embargo. Era toda una mujer, sensual y erótica. Le indicó con un dedo que se acercara a ella y Leo tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse encima.

Se tumbó a su lado, le agarró la mano y se la llenó de besos. Le besó el brazo, el hombro y el cuello. Mientras, ella se movía lánguidamente. Cuando llegó al lóbulo de su oreja, gimió y Leo vio que se le había puesto la carne de gallina.

El deseo lo estaba matando, pero aguantó.

Se apoyó en un codo y admiró su rostro antes de hacerle caricias con un dedo por la barbilla y los labios.

–Bésame –murmuró ella.

–¿Otra vez dándome órdenes?

–Sí –sonrió.

–Tus deseos son órdenes para mí –contestó él besándola.

En aquel beso, sus almas se fundieron. Leo se moría por hacerla suya. Le acarició los pechos lentamente, al ritmo de sus jadeos. Tras hacer círculos alrededor de uno de los pezones, lo apretó entre dos dedos.

Ella se agitó.

–Oh, sí. Más, más… –gimió cuando hizo lo mismo con la boca.

–¿Dando órdenes de nuevo?

–¿No… decías… que mis deseos eran órdenes para ti?

–Sí –contestó él–, pero ¿más qué?

Se puso encima de ella y disfrutó del contacto de su torso con sus pechos. Le puso una pierna entre las suyas y la obligó a separarlas antes de apretarse delicadamente.

–Más… ahí –contestó ella con la respiración entrecortada.

Leo deslizó una mano y se abrió paso.

–¿Ahí?

–Casi.

Leo movió la mano.

–Ohhhh, sííííí –dijo ella arqueándose y gimiendo cuando él comenzó a mover la mano más deprisa.

Leo estaba al límite, pero quería seguir dándole placer. Sin embargo, cuando ella le dijo que la tomara, sus deseos se convirtieron en órdenes de verdad para él.

–¿Tienes…?

–¿Qué?

–Preservativos –contestó él sin dejar de tocarla.

Corinne lo miró y arrugó el ceño.

–Creo que… he visto… por ahí –contestó señalando la mesilla.

–¿Te importa buscarlo tú? No me gustaría dejar de tocarte en un momento así.

–Claro –contestó ella rebuscando en el cajón.

–Ahhh.

Leo bajó un poco el ritmo.

–¿Ya está?

–¡Sí! –exclamó sacando un paquete de plástico–. ¡Aquí están!

Leo sonrió. Nunca había estado con una mujer que expresara tan libremente sus deseos. Saber que una mujer lo deseaba a uno tanto era un todo un afrodisiaco.

–Ábrelo –le indicó Leo colocándose de rodillas entre sus piernas.

–No me extraña que estuvieran gastados –comentó ella.

–¿Qué…?

No pudo decir nada más porque sintió sus dedos delicados deslizando el preservativo por su masculinidad. Cuando terminó, Leo se colocó y se adentró entre sus piernas. Ella dobló las rodillas y lo guio con la mano hasta que estuvo dentro. Al oírla gemir de placer, el fuego comenzó a subir en su interior.

La agarró del trasero y comenzó a moverse. Estaba al límite, pero no se quería precipitar, quería que ella lo disfrutara. Cerró los ojos con fuerza y notó las gotas de sudor en la frente.

Sintió una mano delicada.

La miró.

En sus ojos grises como la plata vio reflejado su deseo. Ella arqueó la espalda y, en ese momento, Leo comenzó a moverse más y más deprisa…

Ella gritó su nombre y Leo sintió que el calor explotaba en su cuerpo mientras él gemía de placer. En ese momento de éxtasis, sintió su conexión física y emocional.

–¿Te hago daño? –le preguntó.

–¿Estás de broma? No… me he… sentido mejor… en la vida.

Leo cerró los ojos y aspiró su aroma.

–Vaya, vaya, si es el novio de la pelirroja otra vez –dijo el guarda de seguridad observando las rosas que Leo llevaba en la mano–. Buena idea. El otro no ha traído nada.

–¿El otro?

–El que ha llegado antes que tú.

¿Tony de nuevo? Supuso que había logrado entrar por detrás dándole un billete de veinte a aquel tipo.

Experimentó sentimientos encontrados. La noche anterior, tras hacer el amor con Sandee, no había querido ponerse en plan policía. Solo quería ser un hombre abrazando a la mujer que había traspasado el escudo, la mujer que lo había devuelto a la vida. Se había tenido que ir pronto porque tenía una reunión con Dom, pero antes había llamado a un carpintero para que arreglara la puerta.

Antes de irse, ella le había dicho medio dormida que quería hablar con él y Leo había supuesto que sería sobre sus visitantes nocturnos.

–Sí, Hank ha vuelto –dijo el tipo sacando un cigarrillo.

¿Hank?

–Hank es un buen tipo –comentó Leo sin saber lo que estaba

diciendo–. Ahora, son solo amigos.

–Si tú lo dices.

–Yo lo digo –contestó Leo acercándose.

–No sé qué tiene Sandee que os pone a todos como locos.

–¿No te hartas de meter las narices donde no te llaman?

–Eh, que lo decía de broma.

–Una pena que no te contraten para actor de comedia –murmuró Leo entrando.

«Todo el mundo se equivoca con ella» pensó mientras iba hacia su camerino. Apretó el paso, se moría por verla, como un niño con su primera novia.

La puerta estaba abierta.

–Cariño, sé que lo que hice no estuvo bien, pero, sin trabajo, no llego a fin de mes. Necesito un robo más.

Leo se quedó escuchando. Seguro que ella no sabía nada del tema… seguro que no era culpable…

–No puedo… –contestó ella.

Leo cerró los ojos. Bueno, un «no puedo» no era incriminatorio.

–Hank, no puedo volver a hacerlo.

«Maldición. ¿Cómo que volver a hacerlo?». Estaba admitiendo ser cómplice.

Hank dio un puñetazo sobre la mesa.

–¡No te estoy pidiendo el cielo! Lo has hecho una vez y puedes volver a hacerlo. Es la última, te lo prometo. Nunca volveré a pedirte nada.

–No, te he dicho que no y punto final.

Fue como volver a recibir un disparo. Se sintió herido de muerte. El aroma de las rosas le dio ganas de vomitar. Sandee no era más que una delincuente mentirosa. «Otra vez, me he vuelto a enamorar de una farsante».

Se dio la vuelta y tiró las rosas en la primera papelera que vio, igual que apartó a Sandee de sus pensamientos y de su corazón.

Media hora después, estaba sentado en el jardín de su casa con un refresco de limón. Hubiera preferido cinco o seis cervezas, pero en el último año había aprendido que el alcohol no era la solución a los problemas.

Se acabó el refresco y tiró la lata a la basura. Se quedó mirando su Airstream. Los entendidos lo llamaban «bala de plata». Qué ironía.

–¿No fue una bala de plata lo que acabó con el hombre lobo? –

murmuró.

Como Sandee había acabado con él.

–Estoy cansado, quiero una vida nueva, la vida con la que siempre he soñado –dijo en voz alta.

En más de una ocasión, mientras arreglaba la caravana, había soñado con un pequeño rancho. Se remangó para poner las cortinas que le habían llegado la semana anterior y rezó para que un día, pudiera mirar a través de ella y ver su rancho.

–Buenas noches, guapa –dijo el guarda de seguridad–. Guárdame un poco.

Aquel tipo estaba empezando a ponerla de los nervios. Siempre que entraba o salía le hacía el mismo comentario machista. Se giró y lo miró.

–No me importa que me llames guapa, pero, por favor, no vuelvas a referirte a mí como a una cosa. Me gustaría que me respetaras.

Guau. Corinne se quedó perpleja ante su pequeño discurso. El tipo también, a juzgar por su mirada confundida.

–Perdón –murmuró por fin.

Corinne fue hacia el coche encantada. El aparcamiento era tan grande que había tomado la costumbre de aparcar el Ferrari siempre en el mismo sitio. Sin embargo, al llegar no lo vio. Estuvo mirando un rato y, de repente, se dio cuenta de algo.

«Se lo ha llevado Tony».

Sintió una punzada de ansiedad, pero le duró muy poco. Aquel coche formaba parte de su vida anterior y la antigua Corinne ya no existía prácticamente. No sabía muy bien quién era la nueva Corinne, pero ya pensaría en ello más tarde. De momento, necesitaba un taxi para volver a casa.

La única preocupación que tenía era que Tony la quisiera a ella, aparte del coche. No porque estuviera enamorado de ella, por supuesto que no, sino porque eso era lo que su familia esperaba y él vivía de acuerdo con las normas de su familia. Pues pobrecillo.

–Nunca, nunca y nunca –murmuró. Volver a su antigua vida estaba fuera de toda opción.

Volvió hacia el Grand para pedir un taxi y vio a Hank discutiendo en la puerta. Antes del combate le había dicho que se fuera y había obedecido, pero había vuelto. Qué tipo más cabezota.

Al oír el clic clic de sus sandalias, se dio la vuelta.

–Mi amor…

–¿Qué haces aquí?

Hank la miró con ojos llorosos y se sacó una rosa de detrás de la espalda.

El guarda de seguridad enarcó las cejas, pero no dijo nada.

–He vuelto para pedirte perdón –contestó Hank dándole la rosa–. Me he equivocado, Sandee. Perdona.

Si no aceptaba la rosa y sus disculpas, solo Dios sabía lo que aquel hombre tan pasional sería capaz de hacer. Era capaz de ponerse de rodillas y volver con aquello de: «sería capaz de escalar la montaña más alta…» y todo eso.

–Gracias –dijo Corinne tomando la rosa.

–Te invito a cenar, cariño. Has adelgazado.

–No tengo hambre, pero me podrías llevar a casa –contestó Corinne.

Hank la miró encantado.

–Lo que tú quieras –le dijo pasándole el brazo por los hombros y conduciéndola a su coche.

–Buenas noches, señorita Moray –dijo el portero respetuosamente.

–Mírala Vd –dijo Leo con un palillo en la boca–. Y con una rosa.

¿Cómo podía hacer el amor con él la noche anterior y estar con aquel tipo aquella noche?

«Porque es su cómplice».

Furioso, decidió que lo que había habido entre ellos había sido solo algo de una noche. Tenía que cerrar el caso. Tenía que demostrarse a sí mismo que seguía siendo un buen policía. Al fin y al cabo, necesitaba seguir trabajando para comprarse le rancho.

Los siguió. Se dirigían a las afueras de Las Vegas. ¿Dónde irían? Perfecto. Era lo que le faltaba para poner la guinda a aquel día. Seguirlos hasta su guarida de amor.

–Me debería haber quedado haciendo trabajo de mesa. Ahora me veo siguiendo a la mujer de la que me he enamorado, que está con otro.

Sí, era cierto, se había enamorado de ella, de la mujer que irradiaba sensualidad y dulzura a la vez, de la mujer que se paseaba medio desnuda por un ring y bailaba con un sonajero en la mano.

Se mojó los labios. De la mujer que lo había besado como si fuera de verdad, que había dicho su nombre como si fuera el hombre más importante del mundo.

Sintió una punzada en el estómago al recordar la noche que

habían compartido, su pasión. «Tengo que controlarme», pensó bajando la ventana.

En ese momento, el coche que conducía Hank dio un frenazo en seco. Leo tuvo que pisar el freno a fondo y vio al otro coche acelerando por un camino lateral y alejándose en mitad de una nube de polvo.

Capítulo Diez

Leo agarró con fuerza el volante de su Mustang y aparcó en el arcén. Se bajó del coche maldiciéndose a sí mismo por no haber sido más listo. No debería haber dejado que Sandee se fuera del Grand con Hank ni haber dejado que se metieran en aquella autopista desierta. ¿Qué demonios estaban haciendo? No importaba. Lo único que importaba era que ella estuviera bien.

Se acercó hasta el lugar donde habían desaparecido y, bajo la luz de la luna, vio el vehículo de Hank ladeado en el terraplén. «Dios mío, que Sandee esté bien», pensó mientras bajaba hasta ellos.

Vio la puerta del copiloto abierta. ¿Habría salido Sandee despedida? Sintió pánico. De repente, oyó voces.

–¿Por qué demonios has agarrado el volante? –preguntó una voz masculina.

–Porque te ibas a dar contra el coche de delante –respondió Sandee–. ¡Te he salvado la vida!

Leo miró hacia el lugar de donde procedían las voces. Menos mal, estaban dentro del coche y, si estaban discutiendo, no debían de estar heridos. En ese momento, Sandee salió furiosa del vehículo. Hank intentó hacer lo mismo y se topó con un gran cactus.

Comenzaron a discutir de nuevo. Ninguno de los dos se había dado cuenta de la presencia de Leo.

–¿Que me has salvado la vida? –contraatacó Hank–. ¿Desde cuándo dar un volantazo y acabar en un terraplén es salvar vidas?

–¿Y a ti te parece que chocarse contra otro coche es una medida cautelar?

–¿Cautelar? ¿Desde cuándo hablas con esas palabras tan rebuscadas?

–¡Desde que me he montado en un coche contigo!

Sandee comenzó a subir por el terraplén para volver a la carretera, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Los dos hombres corrieron en su auxilio. Leo la agarró de un brazo y Hank de una pierna y milagrosamente consiguieron no caerse todos.

–¿Estáis bien?– preguntó Leo.

–¿Quién… eres… tú? –dijo Hank con las manos en las rodillas.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Sandee.

–Rescatarte… parece –contestó Leo–. ¿Estáis bien? –repitió.

–Sí –murmuraron los otros dos.

–Bien. Hank, ¿por qué no apagas las luces de tu coche y

llamamos a una grúa?

–¿Cómo sabes mi nombre?

–Lo he adivinado –contestó Leo. «Dos años más y el rancho es mío».

Pocos minutos después, Leo estaba hablando por el móvil con el servicio de grúa. Cuando vio a Sandee aparecer a su lado, sintió una punzada de culpabilidad. Había creído que subiría el terraplén de la mano de Hank, pero no había sido así. Debería haberlo ayudado.

«Y ella debería haberme contado la verdad sobre Hank, sobre los robos de coches y sobre anoche».

Intentó concentrarse en su conversación telefónica e ignorarla, pero ella se colocó delante de las luces de su coche y fue imposible. Llevaba unos vaqueros apretadísimos y una camiseta medio transparente.

Leo terminó de hablar y se dio la vuelta, se metió en el coche y apagó las luces. Minutos más tarde, Sandee estaba en el asiento del copiloto y Hank en el de atrás. Su aroma lo estaba atormentando, como la noche anterior.

–Poneos los cinturones –gruñó Leo.

–No hace falta que te pongas así –contestó Sandee.

Propio de las mujeres. Primero clavan un cuchillo en el corazón y luego te preguntan por qué estás sangrando.

–Poneos los cinturones, por favor.

–Cariño –dijo Hank echándose hacia delante–, este hombre nos está ayudando.

–Sí, este hombre os está ayudando –dijo Leo.

–Exacto. Hay que hacer lo que él diga, muñeca.

Corinne explotó.

–Como otro hombre me corrija o me llame muñeca, me bajo del coche y me voy andando a Las Vegas –dijo poniéndose el cinturón con ademanes bruscos.

No se volvió a intercambiar una palabra más durante todo el trayecto.

–¿A quién dejo primero? –preguntó Leo al entrar en la ciudad.

–Déjanos en casa de Sandee… –contestó Hank.

–No –intervino Corinne. Hacerse pasar por su prima no incluía irse a la cama con Hank. Además, aquella cama era sagrada después de lo de la noche anterior. Aunque Leo se estaba comportando de forma extraña. La había ignorado tras el accidente y le había ladrado para que se pusiera el cinturón.

Para colmo, la había estado siguiendo. Le estaba agradecida por haberlos ayudado, pero había sido porque la estaba siguiendo. ¿No se fiaba de ella? Aquella actitud que había tomado de «soy tu hombre» dejaba claro que creía que lo estaba engañando.

Ser Sandee se estaba convirtiendo en un problema. Quería que su prima regresara cuanto antes para poder discernir quién era la nueva Corinne.

–¿Por qué no? –preguntó Hank.

–Porque no –contestó ella–. No, no y no.

–Déjame en la equina de Doyle con Thurston –murmuró Hank al cabo de un rato.

Diez minutos después, dejaron a Hank, que le dijo adiós con la mano a Corinne. Ella ni se enteró. La antigua Corinne habría sido simpática incluso después de haber estado a punto de matarse, pero estaba decidida a ser la nueva Corinne, que estaba harta de los hombres, de escucharlos, mimarlos y salvarles la vida.

Un cuarto de hora después, llegaron a su casa.

–Te acompaño –dijo Leo.

–No hace falta –contestó ella intentando desabrocharse el cinturón y maldiciendo al no poder.

Leo se inclinó y lo desabrochó.

Ella salió del coche a toda velocidad, pero, al llegar al bordillo, él ya estaba esperándola. La acompañó hasta la puerta.

–Parece que la han dejado bien –comentó.

Al recordar lo ocurrido la noche anterior, Corinne sintió que se deshacía. Estaba decidida a mostrarse enfadada, no pensaba excitarse. Lo malo era que lo tenía muy cerca, demasiado, sentía el calor de su cuerpo.

Corinne lo miró justo cuando él la estaba mirando y, durante unas milésimas de segundo, sus miradas se encontraron. Corinne se apresuró a mirar el bolso y a sacar las llaves. Le temblaban las manos, pero consiguió meter la llave en la cerradura.

–No sabía que tuvieras estas aventuras nocturnas –dijo Leo refiriéndose al robo de coches.

–¿Cómo te atreves?

–¿Eh?

–Tú lo deseabas tanto como yo –contestó ella indignada. «Primero me insulta y luego finge inocencia». Exactamente igual que Tony. Entonces, sí que se enfadó de verdad.

–¿El qué?

–Por lo que rompiste la puerta –contestó Corinne abriendo la puerta, entrando y cerrándola rápidamente.

Leo volvió a su coche confundido. Aquella contestación no tenía ningún sentido por más vueltas que le diera.

–Vd, el tipo de Denver la llamó Corinne y Hank la llama muñeca, algo que ella odia. Un tipo que está intentando ganarse de nuevo a su novia sabe los apelativos que le gustan, ¿no?

De repente, lo vio claro. ¡Bingo! Recordó el comentario de Hank. «¿Desde cuándo hablas con esas palabras tan rebuscadas?». Por lo visto, Sandee no hablaba así antes.

¿No sería Sandee… otra persona? ¿Tal vez la tal Corinne de Denver?

Si fuera así, se había equivocado de sospechosa.

Ring, ring.

Corinne se quedó mirando el teléfono, que no había dejado de sonar desde que había entrado en casa. «Maldita Sandee, ¿por qué no tendrá reconocimiento de llamadas? Responder el teléfono era como una ruleta rusa. Podía ser Hank enfadado, Tony enfadado o cualquier otro hombre enfadado que hubiera en la vida de su prima.

También podía ser Leo.

¿Cómo se había atrevido a estar tan desagradable?

El teléfono dejó de sonar y ella siguió con salsa de tomate. La revolvió tan fuerte que saltaron varias gotas a la encimera. Aquello la puso de los nervios.

–¿Cómo se atreve a acusarme de tener aventuras de una noche? Y pensar que hacer unos días no excitaba ni a mi novio. Ahora que excito a otro… ¡resulta que soy una golfa!

No era justo. El teléfono volvió a sonar.

¿Y si fuera Sandee?

Decidió contestar.

–¿Sí?

–Mi amor, lo siento mucho…

Hank. Corinne pensó en colgar.

–No puedo soportar el dolor que te he causado. Me comporto como un estúpido porque estoy perdiendo a la mujer que amo. No soy un buen novio ni un buen delincuente porque estoy mezclando las dos cosas…

¿Delincuente?

–Te he hecho hacer esas cosas por las noches… Hoy sin ir más lejos…

Pero, bueno, ¿qué les pasaba a los habitantes de aquella ciudad? ¿Es que nadie empleaba la palabra «sexo»? ¿Por qué decía que la

había intentado obligar a acostarse con él aquella noche? ¡Pero si ni la había tocado!

–Me voy a entregar a la policía para que veas que puedo cambiar, que puedo ser un hombre mejor, un hombre que merezca tu amor…

«¿Qué? ¿Pero qué está diciendo de ser un delincuente y de entregarse a la policía?». De repente, lo entendió. Sandee no había huido por amor sino porque aquel tipo había hecho algo ilegal.

Fuera lo que fuese, Corinne sabía que Sandee quería a aquel tipo y tenían que hablar sin ella en medio.

–Hank, ¿estás sentado? –le preguntó.

–Sí…

–Verás, no soy quien tú crees. Cuando me hayas escuchado, te voy a dar un teléfono al que quiero que llames.

–¡Quiero a Sandee!

Leo estaba de pie en la cocina, junto a la nevera. En las últimas veinticuatro horas, había sentido pasión, traición y confusión.

–Cambia de rollo, Mel.

–¡Quiero a Sandee!

–No te debería haber dicho cómo se llamaba –gruñó Leo–. ¿No prefieres un poco de vino?

–Vino –repitió el loro.

–Bien –dijo Leo sacando un refresco de la nevera.

Mientras, el animal intentaba abrir una botella de Merlot.

–¡Quiero a Sandee!

Leo se fue al salón y se desplomó en su butacón de cuero.

–Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? –le dijo al animal–. Sí, como lo oyes. Todo el día contigo bebiendo y quejándome. Parecíamos *Dos viejos gruñones*. Por eso, decidí volver a trabajar antes de que me salieran plumas y alas.

–¡Hola, guapo!

–No cambies de tema –dijo Leo levantándose–. Dom no me dejaba hacer trabajo de calle, así que me he pasado cuatro meses en oficina. Casi me da un ataque. Por fin, consigo que me den un caso, uno facilito, un coche robado. Y aquí estoy, dos días de investigación, sin pistas sobre el Studebaker… pero tengo un Ferrari robado y un Tracker accidentado. Seguro que a Dom le encanta.

–¡Quiero a San…!

–¡Y eso también es culpa tuya! Anoche, yo quería quedarme en casa contigo, como en los viejos tiempos, pero tú no dejabas de

decir su nombre. Me hiciste pensar en ella, desearla. Por eso, terminé en su casa enamorándome de ella…

Vaya, eso se le había escapado.

–No puedo enamorarme de ella, no sé ni quién es…

Sí que lo sabía. Había visto en el supermercado que le gustaban los niños, había sentido su pasión y su vulnerabilidad al hacerle el amor y la había visto de mal genio aquella misma noche cuando les había dejado muy claro a Hank y a él que ningún hombre le iba a dar órdenes. Era una mujer tierna, pero fuerte.

No era Sandee.

Ambos habían estado jugando con disfraces. Si fuera inteligente, se quitaría de en medio, pero ya era demasiado tarde. Se había enamorado de la mujer disfrazada de Sandee y necesitaba saber quién era.

–Tengo que saber quién es, Mel –dijo levantándose y dejando el refresco sobre la mesa.

Leo se acercó a la puerta y vio luces encendidas. Bien, estaba despierta. Miró el reloj. Las doce de la noche. Bueno, solía recibir visitas a aquellas horas, así que…

Había decidido pedirle perdón por lo que hubiera podido ofenderla cuando la había dejado en casa y, luego, preguntarle con tacto quién demonios era.

Llamó y esperó.

Nada.

Miró por la ventana, pero no vio nada.

Volvió a llamar.

Nada.

¿Y si no estaba en casa? ¿Y, entonces, por qué estaban todas las luces encendidas? ¿Le habría pasado algo? ¿Y si Hank o Tony habían aparecido por allí?

Sacó una tarjeta de crédito y abrió la puerta. Entró y miró a su alrededor en busca de señales de pelea. Nada, todo en orden. Olía a… ¿salsa de tomate? Entró en la cocina. Efectivamente, había un cuenco con tomate sobre la encimera. Vio algo en la basura que le llamó la atención. Papeles con manchas rojas. Sintió pánico. Fue corriendo a su habitación. Oyó agua correr. Se estaba duchando. Recordó su cuerpo la noche anterior y no pudo evitar quedarse mirando.

«Vete, la vas a asustar».

Demasiado tarde.

Los ojos grises lo miraron sorprendidos.

–Perdón –dijo levantando las manos–. Perdón –repitió girándose.

–Leo, espera, por favor –dijo ella con dulzura.

Veía sus senos voluminosos a través de la mámpara de la ducha. «Sandee» salió para secarse y Leo se metió las manos en los bolsillos para no abalanzarse sobre ella.

Su piel brillaba con los restos de agua, tenía el pelo empapado y pegado a la cara y al cuello. Las gotas dibujaban caminos caprichosos…

Al garete con el control. Leo avanzó y la tomó entre sus brazos.

–He llamado y, como no me abrías, creía que te había pasado algo…

Ella le puso un dedo sobre los labios.

–Nunca había visto a un hombre tan preocupado…

Leo le retiró un mechón de pelo de la cara y la tomó entre sus manos.

–Eres… tan… guapa.

Ella lo miró encantada y él la besó en el cuello, aspiró su aroma, puro y verdadero. Subió hasta su boca y se besaron.

–No sé qué ha sido lo que te ha molestado antes, pero perdona –se disculpó Leo.

Tony nunca pedía perdón, pero Leo era diferente.

–No me ha gustado lo que me has dicho…

–¿Lo de las aventuras nocturnas?

Corinne asintió.

–Lo de anoche fue especial.

–No entiendo –dijo él abrazándola con fuerza como para que no se fuera–. No me refería a lo de anoche.

–¿Ah, no?

Leo se rio con ganas.

–Cariño, ¿qué crees que quería decir?

–¿No te referías a… sexo?

–¡No! –exclamó riéndose sin parar. A Corinne le encantaba oír su risa–. Así que creías que… Claro, así no me extraña que… Para que lo sepas, lo de anoche no fue sexo sino amor. Ahora sé que no eres…

–¿Qué?

–¿Qué hacemos aquí hablando?

–¿Deberíamos estar en otro sitio acaso? –bromeó Corinne.

–Por supuesto –dijo él agarrándola de la mano y llevándola a su habitación.

Capítulo Once

–La de las aventuras nocturnas va a la cocina a buscar algo de comer –dijo Corinne.

¡Leo no le había dicho todavía a qué se refería con aquello, pero no había habido tiempo desde que la había sorprendido en la ducha! Qué arrepentido se había quedado, qué carita había puesto.

Solo una mujer sin corazón lo habría dejado ir. Menos mal que no lo había hecho porque, así, sabía lo que «aventuras nocturnas» no quería decir. No se refería a nada que tuviera que ver con el sexo, así que no le había insultado ni nada parecido.

Sintió una punzada de deseo al recordar todo lo que habían hecho aquella noche que sí que tenía que ver, y mucho, con el sexo. Debían de haber quemado miles de calorías. «Después de acostarme con Tony, nunca tenía hambre. Claro que él no me hacía sentir como si nunca se saciara de mí. En cinco años con él, nunca me hizo sentir tan guapa y deseada como Leo me ha hecho sentir en… veintisiete horas», pensó mientras abría el frigorífico.

Tarareando una de sus canciones preferidas de Céline Dion, puso en una bandeja queso de cabra, galletitas, trozos de naranja y de manzana y las maravillosas alcachofas marinadas. «Mucho mejor que las sobras de Sandee», pensó. Iba a tener que hablar con su prima sobre ese tema cuando volviera en unos días. En unos días. ¿Qué habría sido de la nueva Corinne para entonces? ¿Quién sería? Fuera quien fuese, seguiría siendo la mujer a la que Leo había hecho el amor.

Volvió a la habitación y casi tropezó al ver a Leo sentado en la cama, con su impresionante torso al descubierto.

–¿Qué me miras? –dijo él.

–El pecho. Tienes un pecho muy bonito. Pareces Neptuno saliendo del mar –contestó Corinne cruzando los dedos para pararse allí. Solo le faltaba llevar un cartel que pusiera: «Mujer a la que no han encamado apropiadamente en cincos años».

–Gracias –dijo él divertido. Miró a su alrededor–. No había visto nunca un mar naranja.

–Más bien, mandarina.

Leo le tocó un pecho cuando dejó la bandeja sobre la cama y ella se sonrojó.

–Te has puesto roja…

–Es que me haces sentirme muy… muy bien.

«Toma ya, otra vez expresándome como si no supiera hablar»,

pensó Corinne teniendo la sensación de seguir llevando colgado semejante cartel. Tendría que haberle dicho: «Me haces sentir la mujer más deseada del mundo». Decidió dejar el tema y se metió en la cama.

–¿El mandarina es tu color favorito? –preguntó Leo.

–No, el de ella…

Leo la miró.

–¿Cómo?

–El de la amiga que me ayudó a escogerlo –contestó metiéndose un trozo de naranja en la boca para no seguir metiendo la pata.

Sintió una punzada de miedo al pensar qué pasaría cuando Leo se enterara de que no era quien decía ser. El problema era que nunca se le había dado bien mentir y que ser Sandee se había vuelto agotador.

De repente, supo que tenía que contárselo todo, que si no era sincera con él corría el riesgo de perder lo mejor que le había pasado en la vida. En lo más hondo de su corazón, sabía que Leo le había hecho el amor a su verdadero yo, así que tenía que decirle quién era.

–Tengo que decirte una cosa.

Leo se metió una alcachofa en la boca y asintió para que continuara.

–No soy Sandee… –dijo Corinne esperando una respuesta histriónica.

Pero Leo se limitó a tomar otra alcachofa.

–¡Qué buenas están!

«No me ha debido de oír», pensó Corinne.

–Leo, no soy Sandee –repitió más despacio.

–Ummmm –murmuró él encantado con la alcachofa–. ¿Qué queso es?

–De cabra.

–No me gusta.

–¿Me estás ignorando? –le preguntó ella cuando se disponía a tomar una galletita.

Leo le tomó la mano y se la besó.

–Cariño, no podría ignorarte aunque quisiera. Dices que no eres Sandee –se encogió de hombros–. Ya lo sabía. Además, yo te dije que conocía a Tony y no era cierto. Estamos empatados.

Corinne untó queso en una galletita y se la metió en la boca.

–Eso ya lo sabía, así que…

–¿No te creíste que lo conociera?

–No. Bueno, al principio, sí, pero, luego, no.

–¿Por qué?
–Porque, si lo hubieras conocido, habrías sabido por qué me llamaba Corinne.
–¿Por qué?
–Porque me llamo así –contestó Corinne sintiendo un gran alivio–. Me llamo Corinne McCourt.
–¿Qué tal estás, Corinne McCourt? –dijo él estrechándole la mano.
–Muy bien, Leo…
–Wolfman.
–Bien, ahora que sabemos cómo nos llamamos, ¿qué es eso de las aventuras nocturnas?
–Robar coches.
–¿Cómo? ¿Creías que había robado el Ferrari?
Él la miró y asintió.
–¡Pues tenías razón! –rio Corinne–. ¡Pero él me lo ha robado a mí!
Se encontró contándole toda la historia.
–… así que Sandee me propuso que me hiciera pasar por ella y así fue como pasé de ser Corinne la discreta a ser Sandee la exótica.
–Toma –le dijo Leo dándole una galletita con queso–. ¿Vas a volver a la vida de antes?
–No.
No lo había decidido hasta aquel momento, pero no había razón para volver a Denver.
–¿Y qué vas a hacer?
–Comprarme un coche, buscar trabajo y hacerme una vida nueva… –dijo en un hilo de voz.
Leo la abrazó y la consoló.
–Has sido muy valiente. Tu historia es impresionante y créeme cuando te lo digo porque he oído muchas.
–¿No serás psiquiatra?
–Casi. Soy policía.
–¿Cómo? –dijo Corinne dando un respingo–. ¿Así que, de verdad, creías que había robado el Ferrari?
–Más o menos.
De repente, Corinne lo vio todo claro.
–El novio de Sandee también me habló de aventuras nocturnas.
–¿Hank?
Corinne asintió.
–El que te lleva rosas, ¿no?
–No a mí sino a Sandee. Fue para pedir perdón por pedirme que

lo volviéramos a hacer… Por eso sigues a Sandee…

–Creía que sabías por qué se había ido –contestó Leo viendo la tristeza de Corinne–. No quiero hablar de ello esta noche, después de haber hecho el amor. Vamos a ser nosotros, sin disfraces. Hace tanto tiempo que no… que no… No quiero que las preocupaciones del mundo nos estropeen estos momentos. Seguirán ahí mañana. De verdad.

Corinne apretó los labios preocupada.

–Lo digo en serio –dijo él acariciándole la cara–. Para demostrártelo, voy a cambiar de tema. Yo tampoco sé lo que va a hacer Leo Wolfman con su nueva vida. Has visto la cicatriz que tengo en el pecho, ¿verdad? Es de un balazo que me dieron el año pasado. Entonces, acabó mi antigua vida y comenzó la nueva.

–Así que sabes lo que se siente –murmuró ella.

Leo se rio.

–Sí, claro que sí. Estuve muy mal, me diagnosticaron síndrome de estrés postraumático, me pasé meses sin dormir, sin poder controlarme, sin poder trabajar… Con una sensación extraña en el estómago –le explicó. En aquel momento, se dio cuenta de que la sensación había desaparecido y lo había sustituido algo bueno, algo maravilloso… llamado Corinne.

–¿Y qué hacías en los malos momentos?

–Beber con mi loro.

Corinne se rio.

–No, en serio.

–Sí, sí, en serio. Ahora estoy bien, pero Mel… en fin, como siga así, lo voy a tener que llevar a Alcohólicos Anónimos. Le encantó volver a oír su risa. Estaba encantado de conocer a la verdadero Corinne McCourt–. Volví a trabajar hace unos meses, pero he perdido las ganas de ser policía. Para ser sinceros, quiero montarme en mi caravana e irme a un pequeño rancho. Es mi sueño.

–¿Nada te ata aquí?

–Nada, he perdido todo, mujer, casa y familia.

–¿Mujer?

–Elizabeth. Me parece que está en Los Ángeles.

–¿Estáis divorciados?

–Sí y así pienso quedarme. Después de por lo que he pasado, no quiero atar mi vida a nadie. Se lo llevó todo, incluso el sueño de tener hijos. Puede que vuelva a enamorarme, pero no pienso firmar ningún papel.

Corinne se sentía un poco rara hablando de esas cosas después de haber hecho el amor con él, pero sabía cómo se sentía uno

cuando lo traicionaban.

–Mi sueño no era tan concreto como una caravana y un rancho… –dudó–. Yo quería tener un hijo…

Leo le agarró la mano.

–Yo quería dos o tres.

Corinne se rio.

–Incluso cuatro –dijo alegremente. Aun así, volvió a sentir el viejo dolor que le causaba querer quedarse embarazada y que Tony no le diera ninguna importancia–. Vamos a dejar de hablar de sueños –murmuró–, de Tony, de Elizabeth y de todas las cosas que nos duelen en la vida.

Leo la abrazó.

–Trato hecho.

En brazos de Leo, Corinne pensó que, aunque no saliera nada de aquello, habría merecido la pena.

Cuando sintió sus labios en el cuello, la antigua Corinne se esfumó y apareció la nueva con fuerzas renovadas.

–Tómame… –murmuró.

Toc, toc, toc.

Corinne se preguntó si Leo habría vuelto tan pronto. Miró el reloj. Las cinco y media. Le había dicho que llegaría a las siete. Se puso la bata de seda negra de Sandee y fue hacia la puerta y miró por la mirilla.

–Hank, Sandee vuelve mañana.

–Lo sé, pero he venido a verte a ti.

–Es que me estaba arreglando para irme –comentó esperando que entendiera la indirecta.

–Solo dos minutos.

–Está bien. Dos minutos –contestó ella abriendo la puerta–. ¿Qué ocurre?

–Verás, quería pedirte perdón. He hecho cosas malas, pero no las voy a volver a hacer. Le he prometido a Sandee que voy a ser un hombre mejor –contestó levantando una mano como si estuviera jurando–. Lo juro por la memoria de mi madre, que en paz descanse –añadió santiguándose.

Hizo una pausa y Corinne aprovechó para hablar.

–No pasa nada, Hank. Sé que no querías hacer daño a nadie…

–Ya, pero he hecho sufrir a mi amor. Desde ahora, le voy a demostrar que soy digno de su amor…

Oh, oh. Hank iba a empezar a escalar montañas de un momento

a otro. Aquello podría durar horas, así que había que pararlo.

–Muchas gracias por todo, Hank, pero me tengo que duchar…

–Sí, bueno, también le he prometido a Sandee no hablar tanto. Pero, antes de irme, te tengo que decir una cosa más.

–Está bien.

Parecía que se iba a poner a llorar.

–Voy a hablar con Willy, el dueño del Studebaker. Se lo voy a devolver y le voy a arreglar la radio y el volante. Lo siento, estoy hablando mucho otra vez, pero es que le he prometido a Sandee también que voy a decir siempre la verdad. Debo de sonar como un tonto… la historia de un tío y de cómo un coche le cambió la vida.

–De tonto, nada –contestó Corinne sintiéndose plenamente identificada–. Has madurado y has aprendido a tratar a los demás con respeto. Tómatelo como una buena experiencia –sonrió.

–Ese hijo de…

No era lo que Corinne se esperaba.

–Ese Tony debe de ser tonto para querer a un coche más que a ti. ¿Qué va a hacer… tener hijos con el Ferrari?

–Bueno, eso se ha terminado, así que… Concéntrate en Sandee, que te quiere mucho.

A Hank se le volvieron a humedecer los ojos.

–Gracias por haber pasado a verme –le dijo Corinne–. Nos veremos cuando vuelva Sandee…

–Sí… –contestó Hank–. ¿Sabes que podríais ser gemelas si no fuera por…?

–No es mi color de verdad sino el del Ferrari de Tony –dijo Corinne encogiéndose de hombros–. Menos mal que no se lo compró en morado.

Toc, toc, toc.

Corinne acababa de salir de la ducha. Miró el reloj. Las seis y cinco. ¿Habría dicho Leo las seis y no las siete?

Se miró en el espejo y se dejó el pelo tal cual porque la noche anterior le había gustado así. Decidió recibirlo desnuda. No, bueno, mejor con unas sandalias de tacón.

Corrió hacia la puerta, ladeó la cabeza y abrió.

–Tómame –murmuró en tono seductor.

–No hay problema –contestó Tony.

Corinne cerró la puerta a toda velocidad.

–¡Muñeca, abre!

–¡No! ¡Vete!

–Estás estupenda, Corinne. Abre. Quiero tomarte.

Corinne sintió náuseas.

–Tony, se ha terminado. Vete –dijo furiosa.

Tras una pausa, Tony volvió al ataque.

–¿Quién creías que era?

Corinne se sonrió. El señor Macho estaba tomando un poco de su propia medicina. Corinne estaba disfrutando de lo lindo.

–¿Me voy una semana y te vas con otro?

–Como toques la puerta, Tony, llamo a la policía.

–No hace falta –dijo otra voz masculina.

Corinne miró por la mirilla y vio al Fantasma. Aquello le gustó todavía más.

–Bueno, bueno, ya me voy –dijo Tony–. Solo he venido a recoger a mi prometida para irnos a casa.

–Ya no soy tu prometida, Tony. Si quieres casarte, cómprale un anillo a la rubia.

–Pero te quiero a ti.

–Tienes una forma curiosa de demostrarlo.

–Cometí un error.

–Sí, y muy grande… Aunque seguramente habrán sido dos, tres, cuatro o vete tú a saber cuántos.

–Me quiero casar contigo y tener hijos.

Una semana atrás, se moría por oír aquellas palabras. Menos mal que no había sido así porque nunca habría conocido a la nueva Corinne.

–Tony, tuviste tu oportunidad y la dejaste escapar.

Se hizo el silencio.

–Ya has oído –dijo el Fantasma–. Vete.

Corinne oyó pasos. Miró por la mirilla y se encontró con El Fantasma. ¡No era de extrañar que Tony hubiera obedecido!

–¿Fantasma?

–¿Sí? –dijo él girándose hacia la puerta.

–¿Cómo te llamas en realidad?

–Nigel, ya lo sabes –contestó él perplejo.

–¿Te he dicho alguna vez lo buen amigo que eres?

–No –contestó él sonrojándose.

–Por cierto, gracias por los brownies. Estaba buenísimos.

–Gracias, Sandee.

–Gracias a ti, Nigel.

Mientras volvía a su habitación para vestirse, Corinne se dio cuenta de que todos los acontecimientos importantes de su vida reciente habían transcurrido en la puerta de una casa.

–Una puerta se cierra y otra se abre –murmuró.

Toc, toc, toc.

Las siete y cuarto. Aunque esa vez se había puesto un vestidito muy mono de su prima, no quería equivocarse, así que miró por la mirilla antes de abrir.

Sí, era él.

–¡A la tercera va la vencida! –exclamó abriendo.

Leo entró y la tomó entre sus brazos.

–Te dije que esta noche elegías tú, así que ¿adónde quieres ir? –le susurró al oído.

–Quiero ir a tu caravana.

Una hora después, Leo metió la llave en la cerradura de su casa.

–Pido disculpas por adelantado por la decoración de mi casa. Me temo que no es tan bonita como la caravana.

Se había pasado veinte minutos enseñándole su obra de arte y, aunque no había dicho nada, Corinne lo había mirado todo como si le gustara de verdad.

Leo abrió la puerta y ella entró.

–Es muy…

–¿Escaso?

–Sí, exacto. No hay nada de malo en ello.

–Ya te dije que Elizabeth se lo llevó todo –dijo sin poder evitar sonar un poco desagradable–. ¿Quieres un refresco? –añadió para cambiar de tema.

–Claro.

Leo fue a la cocina, donde estaba Mel.

–Hola, Mel.

El loro no tenía buen aspecto.

–¿Estás bien, amigo?

¿A qué olía allí? ¿A vino? Leo se puso a mirar alrededor y descubrió una botella abierta.

–¿Te ayudo? –dijo Corinne desde la puerta–. ¿Le pasa algo al loro?

–Bueno, un poco indispuesto, me parece –contestó Leo tomando a Leo y poniéndolo ante su cuenco de agua.

–Mlo.

–¿Qué ha dicho?

–Merlot –suspiró Leo–.

–Así que iba en serio lo de que bebías con tu loro…

–Eso fue hace tiempo –contestó él otra vez a la defensiva–. Perdona, Sandee, digo Corinne…

–Quiero a Sandee –dijo el loro.

–¿Has oído lo que ha dicho?

–Eh, sí –contestó Leo. «Me tendría que haber comprado un periquito».

Corinne acarició al animal.

Leo terminó de recoger el vino que se había caído y los restos del corcho.

–Vamos al salón. Mel está bien –le dijo.

Al llegar, le indicó que se sentara en el butacón de cuero, que era el único sitio que había, y le dio su refresco.

–¿Y tú dónde te vas a sentar?

–Me quedo de pie, no pasa nada.

–Lo siento –dijo ella de repente.

–¿Por qué?

–Por haberte pedido que te me trajeras a tu casa. No quería incomodarte.

–No estoy… preparado… pero, por favor, no me pidas perdón, Sandee.

–¡Quiero a Sandee! –gritó el loro desde la cocina.

Leo hizo una mueca. ¿Cómo se podía meter la pata de aquella manera?

–Voy a esconder las otras botellas y nos vamos a otro sitio, ¿te parece?

Corinne asintió con tristeza.

–Todo eso de «quiero a Sandee» es porque he mencionado tu nombre, bueno el de tu prima, varias veces y Mel me ha oído.

–No me preocupa Mel sino tú. No paras de llamarme Sandee. Soy Corinne.

–¡Ya lo sé! –exclamó él completamente a la defensiva.

Corinne se quedó de piedra. Ella que estaba tan convencida de que Leo la deseaba a ella, de que le había hecho el amor a ella. ¿Y si, en realidad, se había enamorado de una chica de ring llamada Sandee?

De repente, la burbuja se había roto.

–Soy Corinne –murmuró.

Capítulo Doce

–Estoy embarazada.

–¿Qué? –dijo Sandee, que se estaba pintando las uñas de los pies.

–Estoy embarazada.

–Madre mía, prima. Cómo nos ha cambiado la vida. Tú dejas tu trabajo de Denver y yo empiezo a trabajar en una joyería; tú dejas a Tony y yo estoy casi casada con Hank –dijo mirando el pequeño brillante que lucía en la mano derecha–. Creía que íbamos a estar más tranquilas de ahora en adelante, pero puede que me haya equivocado. Ven, siéntate aquí conmigo y vamos a hablar.

Corinne obedeció encantada. No le había hablado a su prima de Leo ni de su relación. Le resultaba demasiado doloroso.

–¿Quieres tenerlo?

–¡Por supuesto! –exclamó Corinne–. Es lo que más deseo. Aunque no tengo ni idea de qué va a ser de mí… podré con ello –dijo tocándose la tripa–. La nueva Corinne es fuerte, segura de sí misma y positiva.

–Y está un poco loca –apuntó Sandee–. No puedo evitarlo, tengo que preguntártelo. ¿No pusisteis medios?

–Sí, menos una vez –contestó Corinne sintiéndose como una adolescente.

–¿Quién es el padre? ¿El tipo que llama y llama y al que tú no le devuelves las llamadas?

Leo. Corinne sintió una punzada de remordimiento. Aquella noche, en su casa, lo había visto claro. Leo se había enamorado de su disfraz, no de la verdadera Corinne McCourt. Lo último que necesitaba era enamorarse de un hombre que se sintiera decepcionado con ella porque, cuando eso sucediera, ella volvería a ser Corinne la discreta, la mujer tímida que se fiaba de libros titulados *Cómo hacer aullar a tu hombre*. Ya había pasado por eso con Tony y había sido suficiente.

–Tierra a Corinne –dijo Sandee.

–Perdona, estaba pensando en otra cosa.

–¿Quién es el padre? –repitió su prima.

–El que has dicho.

–¿Tiene nombre?

–Leo.

–¿No está preparado para ser padre?

–Se está recuperando de un no sé qué de estrés postraumático,

tiene un loro y una casa sin muebles –sonrió Corinne con tristeza–, pero el verdadero motivo por el que no me parece que sea el hombre adecuado para mí es que se cree que yo… soy tú.

–¿No le dijiste la verdad?

–Sí, pero él se enamoró de la parte de mí que movía el trasero sobre unos tacones de aguja, así que se enamoró de ti.

–Yo no muevo el trasero.

–Ya sabes a lo que me refiero. Se enamoró de Sandee la extrovertida, la desinhibida y la sensual.

–Pero… tú también eres así, primita, lo que pasa que no lo dejabas aflorar.

Corinne nunca lo había mirado así. Tal vez, fuera cierto.

–Voy a tener un hijo y me tengo a mí misma. ¿Para qué necesito a un hombre?

–Porque no tienes trabajo ni casa.

–No necesito a un hombre para eso. Soy libre, puedo vivir mi vida como quiera. Puedo trabajar en cualquier cosa y pedirles dinero prestado a mi madre para comprarme una casa y poder vivir allí con mi bebé. Mi bebé… me encanta cómo suena.

Ring, ring.

–Y a mí me encanta cómo suena eso –dijo Sandee corriendo al teléfono–. Te apuesto lo que quieras a que es Leo.

Toc, toc, toc.

Tras pasar todo el día leyendo, hablando y durmiendo, estaban llamando a la puerta. Sandee fue a abrir y volvió con un sobre.

–Es para ti. Dice «Para la mujer con un cuerpo mucho mejor que un Ferrari». ¿Tony empleando una táctica nueva?

–No creo.

Corinne abrió el sobre y se quedó con la boca abierta.

–Dios mío, aquí hay como cinco mil dólares.

–Hay mucho más –exclamó Sandee mirando el interior del sobre.

–Es evidente que es lo que el ladrón obtuvo de la venta del Ferrari de Tony en el mercado negro –dijo Corinne recordando la voz lastimera de su ex contándole cómo un hombre le había dado por detrás volviendo a Denver y le había robado el coche–. No puedo quedármelo.

–¿Cómo que no? –dijo Sandee. De repente, se quedó pensativa–. Voy a llamar a Hank ahora mismo. Como haya tenido algo que ver con esto…

–Ahí va, Vd –dijo Leo viendo salir a Corinne en un descapotable rosa que debía de ser de su prima.

Leo bajó del coche y se dirigió a la puerta. No había ido por allí porque, si Corinne no se quería poner al teléfono, dudaba mucho que quisiera verlo en persona. Por eso, había decidido hablar con Sandee.

–¿Sí?

–¿Sandee?

–Sí.

–Soy Leo. Tengo que hablar contigo.

Tras una pausa, se abrió la puerta.

–Corinne no está.

–Lo sé. Quería hablar contigo.

–Pasa.

Una vez dentro, los recuerdos lo abrumaron.

–No me puedo quedar mucho –dijo.

–Leo, te lo voy a decir muy claro –le dijo Sandee mirándolo fijamente–. Corinne cree que nos confundes, que no te interesa ella, la verdadera Corinne, sino el disfraz que se puso para hacerse pasar por mí.

–Eso es ridículo.

–A mí también me lo parece, pero… Mira, mi prima ha pasado mucho y no sabe ni qué creer. Solo hay una cosa que le da fuerza.

–¿Qué?

–Su hijo –contestó Sandee–. No me ha dicho que no te lo dijera y, aunque así hubiera sido, no te lo podría esconder. Se ha enterado hoy y es tuyo.

Leo sintió miedo y alegría a la vez. No hacía falta que le dijera que era suyo, sabía que era el padre.

–Un hijo… –dijo absorto–. ¿Y no me lo iba a decir?

–Hay algo más.

–¿Va a volver con Tony?

–No, se va.

–¿Se va? ¿Cuándo?

–En un par de días.

Leo se paseó preocupado.

–¿Le dijiste alguna vez que la querías?

Leo se paró en seco. Lo había pensado, pero… negó con la cabeza.

–Hombres –murmuró Sandee–. Mira, si lo sientes, lo puedes decir. La mayoría os creéis que, si le decís a una mujer que la

queréis, terminéis en la cárcel. En la cárcel del matrimonio, me refiero.

Leo la había entendido. Recordó lo que le había dicho a Corinne sobre no volverse a casar nunca. Eso y el hecho de llamarla constantemente Sandee le hicieron comprender su reacción.

–Hay hombres muy tontos… Sobre todo, el que tienes delante.

–Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad –dijo Sandee mirando su anillo de compromiso–. Verás, Corinne ha recibido un dinero y está pensando dónde irse. No se va a quedar en Las Vegas, pero tampoco va a volver a Denver. Lo malo es que no sé nada más.

–¿De dónde ha sacado el dinero?

–¿Qué te parecería que te dijera que Willy le robó el coche a Tony después de retirar la denuncia contra Hank?

–Que eres mejor policía que yo.

–Gracias. Nadie puede reclamar ese dinero, así que yo le he dicho que se lo quede para su hijo.

–Que también es mío –dijo Leo. En ese momento, se dio cuenta de que quería amar, de que quería casarse de verdad y tener hijos. Quería a Corinne, a la mujer que había tenido entre sus brazos, a la mujer del sonajero en el supermercado. Porque le había dado razones para soñar con una vida mejor.

Y se iba a ir.

Vio claro que él tampoco podía quedarse en aquella ciudad. No sin ella. Ni dos años más ni dos días más.

–No pienso irme sin presentar batalla por la mujer a la que amo y por mi hijo.

Corinne abrió la puerta.

–¿Sabes qué? –le dijo a su prima–. He traído berenjenas para enseñarte a hacerlas con tomate y al horno…

Se quedó helada.

–Leo –susurró. Se quedó mirándolo sin decir nada, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Hacía semanas que no lo veía.

Él dio un paso al frente, tomó la bolsa de la compra y la dejó sobre la mesa.

–Menudo valor tienes –le dijo mirándola con aquellos ojos verdes.

«Lo sabe», pensó enfadada con Sandee por un momento.

–Sí, pero no creo que sea asunto tuyo.

–Que te vayas, puede que no, pero el niño, sí.

Así que Sandee lo había cantado todo. Corinne se quedó sin palabras. «Quiere al niño», pensó. Pero el niño iba con Corinne. Leo tenía que quererla también a ella y no al disfraz.

–Puedo cuidar de mí misma y de mi hijo –declaró.

–Eso me han dicho –contestó él con el mismo aspecto animal que la primera noche que habían hecho el amor. Parecía dispuesto a saltar sobre ella de nuevo en cualquier momento.

Instintivamente, Corinne abrió los brazos.

Leo gimió y avanzó hacia ella para besarla con pasión.

–Corinne, te quiero.

Corinne lo abrazó con fuerza.

–Quieres al niño, pero no a mí –le dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano para apartarse.

–De eso nada…

–¡No me conoces, Leo!

Leo intentó hablar, pero ella se lo impidió.

–Mira, una vez ya me comprometí con un hombre sin saber lo que hacía y resultó que no me quería de verdad. Tony quería una mujer y, algún día, hijos, pero no me quería a mí.

–Solo porque me equivoqué y te llamé Sandee…

–No es solo por eso sino por todo, por ir vestida casi desnuda, por mover el trasero sobre unos tacones de aguja, por llevar kilos de maquillaje… yo no soy así. Por favor, no me digas lo que quiero oír. Sería un gran error comenzar una vida juntos. No saldría bien.

–No lo hagas Corinne, no te vayas.

–Tengo que irme.

–Te estás equivocando –insistió él con tristeza.

–No.

–Te quiero, Corinne.

–No es así –contestó convencida–. No me vas a hacer cambiar de opinión. Me voy a ir.

–Dame una oportunidad.

–No puedo, Leo. No pienso volver a intentar nada con un hombre que no me quiere… Aunque sea el padre de mi hijo –dijo en un hilo de voz.

Leo la miró con frialdad. Fue hacia la puerta y la abrió.

–Eres más fuerte que la Corinne que huyó de Denver. Me pregunto si es demasiado tarde para aceptar mi amor.

–Leo…

–Te ofrezco todo con lo que siempre soñaste… un hogar con niños, dos adultos que se quieren más que nada en el mundo…

En aquel instante, en lugar de responder, Corinne se quedó sin

habla. La puerta se cerró poniendo fin a la conversación.

–Quiero Merlot.

–Quiero, quiero, quiero… –dijo Leo–. Tú lo único que quieres es venirte de viaje con Vd y conmigo. Además, no vas a volver a beber vino en tu vida, de eso me encargo yo –añadió mirando el salón de su casa y abriendo la puerta a la claridad de la mañana.

Aspiró el aroma de su ciudad. Siempre había vivido allí, pero incluso los lobos cambian de territorio. Eso le había dicho a Dom el día anterior. Quería hacer algo que le gustara, en lugar de seguir viendo porquería en Las Vegas. Había decidido trabajar en cualquier cosa y mandarle dinero a Sandee todos los meses para que ella se lo enviara a su prima y ayudarla, así, a mantener al niño.

Lo que no le había dicho a Dom era que, después de perder a Corinne, el resto le daba igual.

Había cargado todas sus pertenencias, que eran más bien pocas, en la caravana. En ese momento, oyó un ruido. Toc, toc, toc. Miró a Mel, pero el loro no estaba haciendo nada.

Vio una tarjeta en la ventana de la caravana. *Tómame*. Sintió una punzada de esperanza. Aquello mismo había dicho Corinne la primera noche. Consiguió hacer que sus pies lo obedecieran e ir hacia la puerta de la caravana. Allí estaba ella, con un vestido color crema con flores rojas y azules y el pelo hacia atrás.

Corinne lo miró como si fuera la primera vez en la vida que lo veía.

–Llévame contigo –le dijo.

–¿Quieres que te deje en alguna ciudad donde puedas rehacer tu vida?

Corinne se mojó los labios. Aquello iba a resultar más difícil de lo que había pensado. Tal vez, le había hecho demasiado daño…

–No, quiero que me lleves contigo, donde tú vayas –contestó con valentía–. Tengo que ser fuerte, Leo, pero no rechazo tu amor. Quiero pasar el resto de mi vida contigo… –añadió diciendo lo que quería por fin.

–¿Crees que te quiero, Corinne? ¿A ti y no a la que eras antes, bajo el disfraz?

Ella asintió.

–Creí que te habías enamorado…

–¿De una tía buena en biquini? Hombre, estás muy bien, pero supe ver en ti mucho más que el envoltorio –contestó él mirándola fijamente–. Te invito a dar una vuelta, pero te advierto que esta vez

es para toda la vida. Solo una condición.

–¿Cuál?

–Que seas mi mujer.

–Ohhhh, sí –murmuró ella–. Una cosa más, he devuelto el dinero a la policía y les he dicho que no sabía de dónde había salido, lo que es cierto.

–Yo también tengo algo que enseñarte –dijo Leo subiendo a la caravana y sacando algo de una bolsa.

–El sonajero –exclamó Corinne–. ¿Cómo sabías…? ¿Me seguiste aquella noche al pasillo de bebé?

–¡Quiero un bebé! –gritó Mel.

–Me has quitado las palabras de la boca, Mel –dijo Leo mirando a su mascota. Luego, volvió a mirarla a ella–. Cariño, te quiero a ti y al niño… y a todos los que vengan después… –le dijo abriendo los brazos–. Ven aquí, Corinne.

Y ella lo abrazó aceptando todo con lo que había soñado toda su vida.